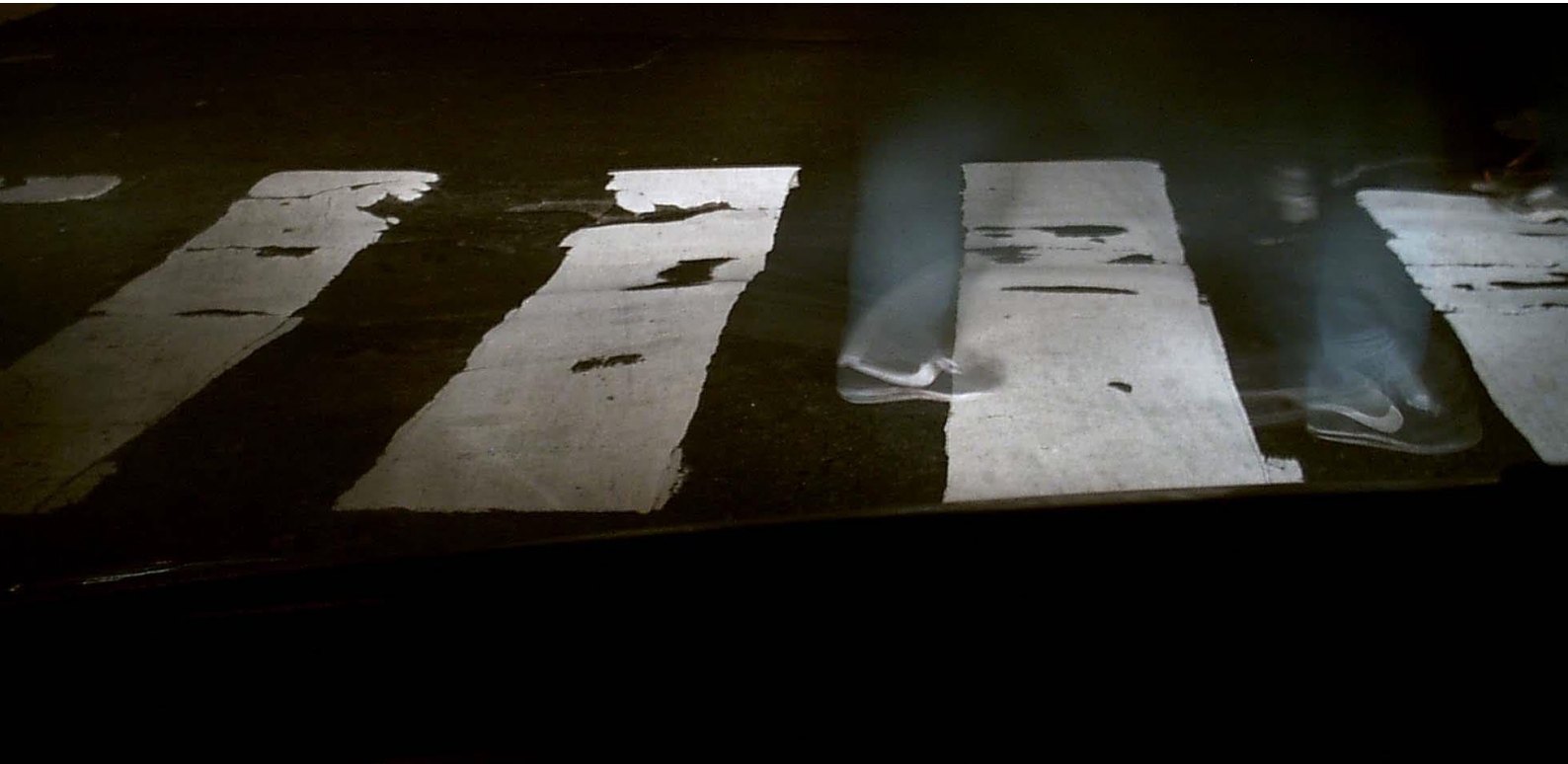


Eduardo Abel Gimenez
Todavía recuerdo la noche en que dormí bien



Buenos Aires, 2006

Eduardo Abel Gimenez

Todavía recuerdo la noche en que dormí bien

**Publicado bajo la siguiente Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirDerivadasIgual 2.5 Argentina**

“Usted es libre de:

- * copiar, distribuir, exhibir, y ejecutar la obra
- * hacer obras derivadas

Bajo las siguientes condiciones:

Atribución. Usted debe atribuir la obra en la forma especificada por el autor o el licenciante.

No Comercial. Usted no puede usar esta obra con fines comerciales.

Compartir Obras Derivadas Igual. Si usted altera, transforma, o crea sobre esta obra, sólo podrá distribuir la obra derivada resultante bajo una licencia idéntica a ésta.

* Ante cualquier reutilización o distribución, usted debe dejar claro a los otros los términos de la licencia de esta obra.

* Cualquiera de estas condiciones puede dispensarse si usted obtiene permiso del titular de los derechos de autor.

Sus usos legítimos u otros derechos no son afectados de ninguna manera por lo dispuesto precedentemente.

Este es un resumen legible-por-humanos del Código Legal (la licencia completa):

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar/legalcode>”

Resumen de la Licencia:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar/>

Código Legal (licencia completa):

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar/legalcode>

Dirección de “Todavía recuerdo la noche en que dormí bien” en la Web:

<http://www.magicaweb.com/pdf/EAG-todavia-recuerdo-la-noche-en-que-dormi-bien.pdf>

En febrero de 2002 empecé a escribir otra vez. En parte fue la crisis que prometía arrasar el país, y en parte las ganas de tener un weblog personal. Tras casi diez años de escribir poco y nada, empecé a recorrer estilos y formas que nunca había probado.

Estos escritos, publicados primero en mi weblog *La mágica Web* (<http://www.magicaweb.com>), son resultado del primer año de ese experimento. Uno de los resultados. Hablan de la crisis y a la vez la evitan. Describen mi vida cotidiana pero tratan de esconderla. No hay nada de ficción aquí, pero mucho de lo que se cuenta está tratado como si lo fuera.

El experimento también produjo cuentos, imágenes, cosas inclasificables, todo lo cual queda para futuros ataques recopilatorios. Empiezo por aquí porque, de un modo profundo e importante para mí, esto fue el principio.

Eduardo Abel Gimenez
Marzo de 2006

Todavía recuerdo la noche en que dormí bien.

Fue hace diez o doce años. Vivía en Julián Álvarez, frente a la comisaría 21. Sonó el despertador, y mientras estiraba el brazo para apagarlo el descubrimiento me recorrió de los pies a la cabeza. Intenso hasta el punto en que lo dije en voz alta:

—Qué bien dormí.

Estaba acostado sobre el lado derecho, de espaldas a la ventana, con el cuerpo curvado en una S armónica. Volví a acomodar el brazo izquierdo donde lo tenía antes de apagar el despertador, y al principio me quedé quieto, observándome por adentro. El cuello, la parte trasera del cuello, se había acomodado en un ángulo perfecto entre los hombros. La espalda casi no intervenía: estaba libre de dolores. Las piernas, muslo sobre muslo, rodilla sobre rodilla, pie sobre pie, flotaban en un agua imaginaria, tibia como una frazada en las madrugadas de otoño.

Entonces giré para ponerme boca arriba, estiré los brazos hacia la pared y las piernas hacia la otra pared, bostecé con ruido.

Me levanté animado, bien despierto, con ganas de vivir el día. No entendía por qué había dormido tan bien, pero seguro que era una combinación de relajar los músculos y limpiar la cabeza, y una actitud. Sobre todo una actitud: la de enfrentar la noche sabiendo que podía dormir bien, que me estaba permitido, que nadie me iba a quitar ese derecho que acababa de adquirir.

Era una buena perspectiva. Sin duda, a partir de entonces iba a dormir bien todas las noches.

* * *

—**La luna es una de las cosas naturales** que podemos ver desde la ciudad —dice la cantante, de pie tras el teclado, en la esquina de Florida y Diagonal Norte, frente a la puerta del BankBoston—. Miramos hacia arriba y ahí está, recordándonos que tenemos sangre en la venas —alza el brazo izquierdo, recorre el antebrazo con la mano derecha—, y no luz dicroica.

La puerta del banco está cerrada. Delante del grupo de rock hay una mesita donde la gente firma planillas, junto a la tapa de Clarín de hoy (“El Gobierno busca reforzar el corralito”). Alguien me da un volante: no es de los músicos, sino de “Nosotros, ahorristas y ciudadanos de esta nación”. Cuando el grupo empieza una zamba eléctrica, otro hombre levanta el megáfono: “Estamos juntando firmas contra la confiscación de nuestros ahorros...”

A unos metros, por Florida, diez policías en fila india miran con desconfianza. Por Diagonal Norte va una manifestación: estoy en la cola de ese cometa, mirando la espalda de una especie de muñeco inflado que no sé qué es; desde acá parece el fantasma de *Ghostbusters*.

—A los que salieron a almorzar, buen provecho —dijo la cantante hace un minuto.

Hasta hoy no había visto las chapas que cierran los bancos, abolladas por golpes de cacerola y martillo. A través de las puertitas que quedan abiertas se ve algo que pasa por civilización, y que ahora espiamos desde afuera, desde las cavernas. Y en medio de esos rincones de luz dicroica las letras rojas sobre fondo negro:

VENTA 2,70 - COMPRA 2,55

Es la una de la tarde. Hace calor, sobre todo del lado abierto del megáfono, que refleja la luz distorsionada por los flecos de nube que hay entre el sol y nosotros. Dos cuadras más temprano, por Perón-Cangallo, subí a la vereda para dejar pasar un viejo Falcon verde con dos policías adentro.

La zamba eléctrica se hunde, derrotada, en las escaleras del subte. Siempre hacia abajo.

* * *

Venía caminando por una callecita de Belgrano cuando las ganas de ir al baño se hicieron insoportables. Ahí nomás había un boliche medio viejo, medio sucio, medio pobre, aunque con puerta de vidrio, donde nada era anaranjado, verde o rojo, que son los colores de moda en los bares. Así que entré, pensando que en un lugar así no me mirarían con cara rara.

Enseguida me inundó el olor a grasa. A las once y media de la mañana ya era un olor infeccioso. Lo menos que transmitía era la peste negra. Pero no podía elegir, estaba lanzado, mi vejiga había quemado las naves y sólo permitía seguir en una dirección.

En esos casos soy muy amable:

—Buenos días —dije—. ¿Puedo usar el baño?

Al otro lado del mostrador había un hombre al que nunca le compraría nada comestible. Tenía ojos desconfiados, y se protegía del mundo inclinado hacia adelante, con un codo apoyado en la madera y la mano contraria en la cintura. Llevaba sin dignidad una operación en el labio superior, donde la barba no crecía, al menos no tanto como en el resto de la cara. Había unos dientes por ahí, en algún sitio, y era mejor desviar la vista hacia otro lado.

El especialista en grasa me miró de arriba abajo, ladeó la cabeza con esa expresión justa que yo había tratado de evitar, y terminó sacando la mano de la cintura para hacer un gesto displicente hacia atrás. Al mismo tiempo dijo esta frase inolvidable:

—Por la escalera al infierno.

Miré hacia donde había señalado. Curiosamente, sólo había una escalera hacia arriba, y, al lado, un cartel que decía “Baños” y tenía una flecha que apuntaba en la misma dirección que la escalera.

—Gracias —respondí, mientras me alejaba del codo, los dientes y la grasa.

Así que el infierno queda hacia arriba, me dije. Los escalones eran de madera, no estaban nada mal. Hasta crujían cuando pisaba. Tras una curva, en realidad un giro de ciento ochenta grados, quedó a la vista una terraza despejada, de baldosas rojas impecables, y más allá los edificios de enfrente, el rompecabezas de ventanas y balcones. Los baños estaban a la derecha.

La vejiga no me dejó satisfacer mi curiosidad por la terraza. Me hice a un lado para dejar pasar a un hombre que bajaba (cuya expresión debió indicarme algo sobre lo que estaba por venir, pero soy poco hábil leyendo expresiones), y seguí adelante.

No había luz en el baño, excepto la que venía de la puerta entreabierta. Se vislumbraba el mingitorio, eso sí, lo suficiente como para no desistir de la tarea. Di un paso largo hacia la oscuridad. Splash. Ahí se me hundió la zapatilla en el infierno, que resultó ser acuático.

Hice lo que había que hacer, sin voluntad, por obligación. Bajé las escaleras. Agradecí otra vez a esos ojos que sospechaban de mí. Salí del bar. Seguí andando por esa calle, sin mirar atrás, convencido de que mi pie derecho iba dejando una hilera de huellas amarillentas.

* * *

Estoy en mi oficina, frente al monitor, a oscuras para no despertar a nadie (mi oficina es una de las habitaciones del departamento donde vivimos). Es medianoche. La puerta está apenas entreabierta. Más allá, tras una curva del pasillo, hay una luz encendida que de noche tranquiliza a mi

hijo. Afuera llueve: lo indica el ruido suave, amortiguado, de las gotas en la parte externa de los acondicionadores de aire del edificio.

Mientras leo un artículo en MSNBC tengo la sensación intensa de que alguien se mueve al otro lado de la puerta. Mi mujer se habrá levantado, pienso. Miro, y no: no hay nadie. Es un perchero que está ahí, pasando la puerta. Del perchero cuelgan varias camperas, alguna de ellas con ánimo de engañarme.

Sigo leyendo. Unos segundos después vuelvo a tener la misma sensación. Sólo que ahora *sé* que no hay nadie ahí. Miro otra vez, para comprobarlo, y es verdad.

Ahora me resisto a mirar por tercera vez, aunque la sensación no se va. Algo me observa, algo que se mueve en la misma medida que la capacidad limitada de mis ojos para ver en ese ángulo.

Esta es la realidad, se me ocurre, finalmente. Bastará con que me ponga de pie y camine hacia la puerta para que las ilusiones vuelvan y retomen el control.

* * *

Se oyó un cañonazo. La gente siguió caminando. Hubo un momento de tensión en la calle, un sobresalto: se notó en el espesor del aire, en el tono de las voces, en una distorsión apenas visible del trayecto de los autos. Pero la gente siguió caminando. El estruendo nos atravesó de oído a oído, nos hizo bajar un reguero de recuerdos por la columna vertebral, nos trajo un temblor a las rodillas. Pero no se podía dejar de caminar. La brisa un poco más fresca del otoño estaba arrancando las hojas de los árboles, una a una, para hacerlas caer como neuronas en una pesadilla. En un cielo distante, más alto que los edificios, un avión giraba lentamente para tratar de acertarle a la pista del Aeropuerto. Alguien, unos metros delante de mí,

miraba una vidriera con ropa de mujer en oferta, toda gris, buenos precios si no fuera por la crisis. Y el ruido del cañonazo lo recorrió todo, centímetro a centímetro, como una corriente eléctrica, con la crueldad de lo que no tiene cerebro ni conciencia. Un parpadeo de más en cada ojo, una dilatación en las pupilas, un cambio hormonal repentino, cronometrable. Sin embargo, las piernas siguieron la rutina, los pies avanzaron, cada persona tuvo un éxito casi perfecto en seguir caminando. Y en no cortar la conversación, el pensamiento, los planes para el resto del día. Eso era importante. Había que disimular.

* * *

Se juntaban diez o doce palomas en el borde de la ventana. El borde estaba formado por unas cinco baldosas rojas, así que la ventana no tenía más de un metro de ancho. Las palomas aterrizaban ahí, se miraban de reojo, forcejeaban, se hacían caer unas a otras. En algún momento, una vieja abría la ventana y desparramaba unas pocas migas entre ellas. Ahí sí, la pelea se hacía feroz: picotazos, golpes de ala, empujones. Llegaba a haber una paloma encima de otra que estaba encima de otra. Y todo al borde de un precipicio de quince metros.

Supongo que la vieja miraba desde adentro. Sádica.

Esto era hace muchos años, cuando yo trabajaba en una oficina de la calle Uruguay, en el cuarto piso de un edificio muy viejo. Las palomas y su lucha, pero sobre todo las caídas al vacío, me fascinaban. Se desbarrancaban como piedras por uno o dos metros, y entonces el despliegue de alas y el aleteo violento conseguían elevarlas otra vez. Se quedaban dando vueltas, hasta que un hueco en la ventana les permitía regresar.

Las palomas tienen el poder de darme vértigo. Se desplazan de costado, con pasos torpes, por una cornisa imposible, mirándose unas a otras,

ocupadas solamente en sus mezquinos asuntos de bichos estúpidos y violentos. Se caen, sí, se caen muchas veces, pero tienen el control del espacio, eso que tanto les envidia. Hasta deben de ser capaces de volar dormidas.

Otra cosa que me da vértigo es la terraza del edificio donde vivo. Ahora que pienso en eso se me tensan los músculos de las piernas: isquiotibiales y gemelos, en particular, al borde del calambre. La terraza, justo arriba del piso dieciocho, tiene dos partes. Una está abierta a todos, rodeada por una pared de dos metros con aberturas por las que se puede ver la serie de torres que hay hasta el río. La otra parte está al otro lado de una puertita de reja con candado, y no tiene ninguna protección contra el vacío.

Fui una sola vez a la segunda parte, la prohibida. Me quedé junto a la puertita. Había hecho pasar al técnico de mis proveedores de Internet, que tenía que cambiar el módem inalámbrico instalado allá arriba. El módem está justo en el borde, y ahí se agachó el técnico, como una paloma. Abrió el gabinete, destornillador que va, destornillador que viene, sacó el aparato descompuesto y puso el nuevo. Mientras tanto, yo trataba de no mirarlo. Pero sí miré el desierto urbano, la ciudad infinita en dirección contraria al río, casi sin torres. Me alejé dos pasos de la puertita, giré un paso a la izquierda, uno a la derecha. Volví. El técnico seguía trabajando. Me imaginé una hilera de técnicos-paloma, cada uno con su módem descompuesto, mirándose con inquina; y cuando uno sobrepasaba apenas el espacio vital de otro venía el empujón, la resbalada, la mano crispada aferrándose al borde. Cerré los ojos, los volví a abrir, me concentré en las nubes que al menos ponían un techo al delirio. Cuando el técnico terminó y cerré la puerta detrás de nosotros, yo tenía demasiado aire en los pulmones.

Cómo me gustaría poder saltar, si no fuera por ese patético desplomarse de bolsa de papas, ese grito, el terror, y la cosa horrible allá en el piso entre los autos.

* * *

Rosa, blanco, amarillo, azul, turquesa, gris, negro. El nuevo arco iris está definido en la ropa que cuelga a secar, allá abajo, en una de las terrazas que veo desde mi ventana. Veo varias terrazas, y en ellas hay:

- Una maceta vacía, caída.
- Dos palomas que se ignoran mutuamente.
- Cuatro caños blancos, acostados, entre restos metálicos que no llego a reconocer.
- Una antena de televisión, enorme y torcida, fuera de uso.
- Un inodoro (desconectado).
- Dos chimeneas.
- Una chimenea.
- Tres chimeneas.
- Un perro con las orejas bien altas, atento a las emergencias que podrían producirse alguna vez en su vida.
- Más ropa colgada.

Gente no hay, están todos adentro o en la calle. Ahora la paloma es una sola.

* * *

Estaba sentada frente a mí, con las piernas cruzadas. La pierna de arriba le daba patadas rítmicas al aire, como tratando de librarse de algo que iba y venía, iba y venía. Patadas enérgicas, un poco sorprendentes en alguien que por lo demás estaba en calma, miraba hacia ninguna parte y no tenía enemigos a la vista. En la punta de la patada había una mezcla de zapato y zapatilla, cuero negro con dos rayas blancas al costado, con cordón. La parte de atrás, sobre el talón, era muy baja, así que a cada momento parecía que el zapato iba a salir despedido, y entonces iba a venir a parar más o menos a mis manos, juro que inocentes.

Tenía más de dieciocho años y probablemente menos de treinta y cinco, y ese tipo de labio superior que es grueso a los costados (pensar en Michelle Pfeiffer). Clavado en el lado izquierdo de la nariz llevaba una especie de botoncito plateado, del tipo que siempre me hace considerar si con algo así no se dificulta el sonarse los mocos. El pelo era apenas asimétrico: raya dos centímetros a la izquierda del centro, luego caída a dos aguas. Llevaba un pantalón negro barato, una campera verde de tela afelpada cara, una bolsa de tela azul y una bolsa de plástico rojo. En las manos, cruzadas sobre la bolsa de plástico, cinco anillos: cuatro plateados, uno negro. Un dedo de luto.

Estábamos en el subte, línea D, rumbo al centro. Los vagones eran raros, nuevos, nunca los había visto. Tuve la sensación nada desagradable de estar en otra ciudad. Me imaginé que de pronto la gente se ponía a hablar en otro idioma, y entonces la sensación decayó en algo un poco depresivo. Pero nadie hablaba. Eran las doce del mediodía, o mejor dicho un poco antes de las doce a la hora de las patadas, un poco después de las doce cuando la pateadora bajó en Facultad de Medicina o en Callao. Yo seguí hasta Tribunales.

Vi la tapa de Página/12 en un kiosco: “LAS DOS CLAVES DE LA VAGINA” Qué raro, pensé, medio distraído: había leído Página/12 más temprano, y recordaría un título así. Entonces lo vi de nuevo. No decía “LA VAGINA”. Decía “LAVAGNA”. Lavagna es el nuevo ministro de economía, lo anoto ahora por si en unos días lo llego a olvidar.

Los sábados al mediodía, sobre la avenida Corrientes, se puede comprar libros usados o de saldo, revistas, diarios. También se puede comprar golosinas, cigarrillos. Se puede ir a un bar, comer algo. Se puede mirar los grandes carteles de los teatros y, al menos en uno de ellos, sacar entradas.

Una birome se puede comprar, también; yo compré una. Y nada más. El resto de los negocios está cerrado. Buscaba un anotador, o una libretita, porque tenía la urgencia de escribir un par de cosas: algo nuevo en mí, otro paso en este relanzamiento como escritor que empecé un par de meses atrás. Pero los sábados al mediodía, sobre Corrientes, está prohibido escribir; sólo se puede leer.

Con la nueva birome en el bolsillo fui al bar Ramos, donde me iba a encontrar con mi cliente. Mi cliente siempre llega tarde, de manera que ya me imaginaba escribiendo en las servilletas del bar mientras lo esperaba: desplegando una, apoyándola junto al café, escribiendo exactamente esto y esto otro (lo de la tapa de Página/12, por ejemplo; lo del dedo de luto). Así que fue una decepción verlo ahí: había llegado antes que yo. Me las arreglé para sonreír, saludarlo, sentarme, y de pronto ya había pasado el deseo de escribir. Me había puesto el sombrero de hombre de negocios.

Después de la entrevista caminé de más, todavía buscando un anotador o una libretita para usar en el subte de vuelta. Así llegué por Corrientes hasta Libertad, y luego por Libertad hasta Lavalle. Durante los fines de semana esa entrada de la estación está cerrada. Tuve que seguir unos metros más y luego atravesar la plaza hacia Talcahuano. Eso me permitió ver algo que valía la pena:

Están arreglando el techo del Palacio de Tribunales. A ambos lados de la entrada principal, sobre Talcahuano, donde las subidas y bajadas del edificio alcanzan su punto más alto, hay unos paneles metálicos que ocultan lo que se hace atrás. Por encima de los paneles del lado derecho, vistos desde la calle Libertad, asoman dos círculos idénticos a las orejas de Mickey Mouse.

Abajo, en el andén, todos los negocios estaban cerrados. Uno de ellos, de CTI Móvil, tenía un cartel pegado en el vidrio de la puerta: sobre una

hoja blanca, en la tipografía torpe de quienes usan la computadora para sus carteles pero no se ocupan del diseño, decía “BIENVENIDOS”. Adentro, un par de estantes, unas cajas vacías, algo parecido a un calefón.

Cerca del extremo del andén, una mujer tenía una pila de libros escolares. Después iba a comprobar mi sospecha: que los vendía a un peso en el subte. Los había apoyado en un tacho de basura, y estaba pasando las páginas del de arriba. Es sorprendente esa relación diferente que tienen con la basura quienes seguro que la han recorrido en busca de algo aprovechable. El tacho era un sitio perfecto donde apoyar los libros; la suma de alturas del propio tacho más la pila de papel hacía que el libro de arriba quedase, en relación con los ojos de la mujer, como algo apoyado en un escritorio queda en relación con quien se sienta a leer. La mujer era bastante baja. A mí, la misma combinación me habría producido dolor de cintura, como lavar los platos.

El subte vino un tanto lleno, pero así y todo conseguí sentarme. Otra vez había una mujer enfrente, muy delgada, mayor de treinta y probablemente menor de cuarenta y cinco. Tenía las manos apretadas entre las piernas flacas, y los labios muy cerrados, muy tensos, tanto que los músculos de la mitad inferior de la cara formaban un bajorrelieve complicado. No sé si trataba de evitar la entrada de algo o la salida. Los ojos se movían con rapidez, de acá para allá, casi sacudiendo a su paso el flequillo disperso que llegaba a la mitad de la frente.

Yo venía pensando en el trabajo, así que el viaje se hizo corto. Bajé en Juramento, saliendo hacia atrás para usar la escalera mecánica. Algunas cosas han cambiado en esa cuadra: los precios de los CDs grabables, por ejemplo, que están al doble; y Tower Records, que se convirtió en algo así como la embajada de Marte, un sitio donde ya no hay motivos para entrar y donde se habla de cosas que uno ya no entiende y en las que no tiene interés.

A la vuelta también hay cambios; Free World, el tenedor libre, puso en la vidriera otro de esos carteles de aficionado a la *inkjet*, con una leyen-

da que me pregunto si tendría sentido en algún otro país del mundo: “EN REPUDIO AL FERIADO BANCARIO Y A LA POLÍTICA DEL GOBIERNO, 2 X 1.” Eso sí, hay que descartar cualquier connotación sangrienta del “2 X 1”, cualquier amenaza posible. Se refiere a la cantidad de personas que pueden comer pagando una sola tarifa.

* * *

—¿Me compra un café con leche?

Así es el discurso de un hombre de unos treinta años que se pone en cuclillas a metros de la esquina de Juramento y Ciudad de la Paz. Lo empecé a ver hace más de un año, cuando nos mudamos a Belgrano. No importa la hora: a la mañana, al mediodía, a la tarde o a la noche, en verano, en invierno, a veces sí, a veces no, mira al que pasa y le pregunta:

—¿Me compra un café con leche?

Nunca entendí por qué un café con leche, y no una coca, un sandwich, una moneda. Hasta hoy.

Sé que lo que voy a contar ahora es difícil de creer. Es más, no lo va a creer nadie. “Demasiada coincidencia”, pueden decir. “Este se lo inventó.” Pero lo cuento igual, porque es verdad.

Hoy, a las tres y media de la tarde, pasé frente al hombre en cuclillas. No me miró. Tenía en la mano izquierda un vaso de plástico grande, lleno del líquido de sus deseos. Y, mientras yo pasaba, metió la mano derecha en el bolsillo de la campera, sacó una galletita y la mojó en el café con leche.

* * *

Cada uno lleva en la cintura una luz verde que titila. Mientras la gente baila en la semioscuridad, con la música a todo volumen, las lucecitas verdes forman su propia danza, un tejido de movimientos entrecortados, cruces, giros, sí, no, sí, no, tal vez. Y con cada lucecita hay un celular que envía y recibe ondas invisibles, la posibilidad continua de una comunicación, algo que decir y algo que oír. O no: cada luz verde puede ser sólo el anuncio de sí misma, una entidad con la única función de decir “aquí estoy”, “aquí estoy”, “aquí estoy”. Una vez por segundo.

Todo está lleno de ondas, no sólo las celulares. Para empezar, la propia música, intensa, con esos bajos de DJ que intentan ponerle ritmo al corazón. Luego la mirada de los bailarines, un juego de fintas y contrafintas, un ejercicio de olas que se acercan a las playas de otros ojos y vuelven a alejarse, un mirar y ser mirado a veces tímido, a veces insolente, un juego de espejos invisibles. Siguen las ondas de la iluminación, lámparas que giran, colores primarios sobre la ropa también ondulante. Y más adentro, en lo profundo, donde ya no puedo percibir, hay ondas de radio, rayos cósmicos, otras danzas más veloces y complejas, otros modos de mirar y ser mirados por parte de cosas que ni pueden ver ni permiten ser vistas.

Y si hay un celular que suena, ¿cómo van a oírlo, en esta falta de espacio, en esta saturación? Está demasiado lleno de cosas que vibran. Sentado en un sillón, agarrándome el estómago, no alcanzo a hacer la suma completa. Necesito un poco de espacio, ahora mismo. Cerca de mí hay una ventana abierta, por la que de pronto entra una onda inversa a todo el resto: una ráfaga de aire fresco. Aire limpio. Aspiro hondo, dejando que una corriente de dilatación, otra onda pero ahora expansiva, recorra mi interior. No es que algo cambie en realidad, pero se reduce un poco el nivel de angustia.

* * *

Es tarde, de noche. Estoy medio dormido, o medio despierto, no lo sé. Mi mujer ronca suavemente. Entonces alguien se pone a gritar. Una mujer, en otro piso, o en el edificio de al lado. Gritos agudos, con palabras apenas formadas. Casi puedo distinguirlas, las palabras, pero no del todo, como un idioma que empiezo a aprender pero del que no entiendo lo suficiente. Me despierto por completo. Mi mujer sigue roncando, de manera que a veces casi logra tapar los gritos.

Es que la persona que grita, esa mujer, está lejos. Apenas puedo oírla. Pero percibo que no es por placer, que está aterrada, más allá de algún límite, más allá de lo que puede tolerar. Tal vez encontró a un pariente muerto. Cómo quisiera entender lo que dice. Muevo la cabeza hacia un lado, tratando de mejorar la audición, sin resultados. Tal vez la están violando. Muevo la cabeza hacia el otro lado: el oído derecho parece mejor. Tal vez se está peleando con el marido. Me angustia, quiero que pare, que deje de gritar, pero también quiero que algún milagro acerque los gritos para poder descifrarlos. Tal vez le dieron una mala noticia por teléfono. Tal vez, tal vez, tal vez.

Entre grito y grito hay una pausa, como para respirar. Trato de acompañar mi respiración a la de los gritos, y para hacerlo me pongo boca arriba. Entonces hay un silencio más largo. Contengo el aliento. Pasa una moto allá afuera, tapando la mayor parte de otro grito, un grito que parece más débil. Sigo respirando lentamente, llenando los pulmones muy de a poco para no hacer ruido. Los ronquidos de mi mujer se alteran mientras su propietaria se da vuelta, luego retoman el ritmo. Esta pausa es larga, ya no es una pausa, tiene algo definitivo. Parece que la escena terminó. Espero un rato más antes de aflojar los músculos. Desencontrado con el sueño por un largo rato, daría cualquier cosa por saber qué estaba pasando.

* * *

Mide menos de un metro cincuenta. Tacos incluidos. Rulos teñidos de rubio también incluidos. Pasa junto a mí, sin verme parado en la calle a un paso de la vereda, preparado para hacerle señas al colectivo que viene. Está muy ocupada consigo misma, le lleva mucho tiempo y mucha energía mantenerse de una pieza. Recorre por el lado de afuera la hilera de autos estacionados, mientras busca y sacude unas llaves en la cartera.

El auto de ella es el más alto, una 4x4 roja, imponente, de escultor, para seis osos gordos. Cuando se sienta al volante, apenas se le ve la cabeza a través del parabrisas.

* * *

¿Qué hago con tanta irrelevancia? ¿Qué hago con la ansiedad? ¿Qué hago con el trabajo pendiente que no quiero hacer? ¿Qué hago con los recuerdos, los desacuerdos, los terremotos que no llegan a la superficie? ¿Qué hago con el ruido de martillazos? ¿Qué hago con las lamparitas quemadas? ¿Qué hago con el polvo de los libros? ¿Qué hago con la campera que perdió mi hijo en la escuela? ¿Qué hago con la necesidad de ir a la peluquería? ¿Qué hago con la vieja colección de Investigación y Ciencia? ¿Qué hago con la novela que quiero y no quiero publicar en la Web? ¿Qué hago con la pileta tapada? ¿Qué hago con las fotos que están en álbumes demasiado viejos? ¿Qué hago con las fotos? ¿Qué hago con los papeles que se amontonan en el escritorio hasta caer sobre el mouse como un alud de reproches? ¿Qué hago con este destornillador que está aquí desde hace una semana? ¿Qué hago con los anteojos para leer que se rompieron? ¿Qué hago con el reloj que se rompió? ¿Qué hago con el cargador de celular que no aparece? ¿Qué hago con el texto que me encargaron mis viejos compañeros de colegio? ¿Qué hago con las dudas? ¿Qué hago con la falta de energía? ¿Qué hago esperando? ¿Qué hago escribiendo? ¿Qué hago que no haya hecho antes?

* * *

Me duele la cabeza. La molestia arranca en un lugar de la espalda, mejor dicho un arco que va de hombro a hombro pasando por una vértebra dorsal. Desde ahí, en ondas radiales, avanza y crece hacia un punto en la base del cuello, ese sitio podrido que odio tanto. El cuello en sí no está tan mal, pero arriba, en la nuca, hay problemas. Hamacar la cabeza de un lado a otro no ayuda, salvo a marearme. Las aspirinas todavía no hicieron efecto.

Es raro que me duela la cabeza. Me dolía muy seguido años atrás, pero dejé de fumar y los dolores casi terminaron. Hoy, sin embargo, el monstruo se despertó otra vez. Me pregunto qué habré hecho.

También es raro que pueda rastrear el momento exacto en que el dolor empezó. Primero sonó mi despertador, a las seis y media, como todos los días. Lo apagué y seguí durmiendo: no siempre consigo levantarme enseguida. A las siete menos diez sonó el despertador de mi mujer, con el que siempre acabo de despabilarme. De algún modo me las ingenié para quebrar la rutina y, sólo por hoy, incorporarlo a mi sueño. Estaba soñando tan felizmente. No recuerdo qué (mi costumbre es borrar los sueños), pero era feliz. Mi mujer debió tocarme el brazo para que una parte de mí decidiera que ya era hora. Reaccioné rápido, me senté de golpe, y ahora me acuerdo de que en el sueño, abruptamente, algo me hacía enojar, algo estúpido, un impedimento que otros ponían inútilmente, sólo para molestar, algo que no puedo describir pero siento otra vez como si estuviera ocurriendo. Y ahí, en ese instante entre el segundo en que empecé a reaccionar y el segundo en que estuve del todo sentado, llegó el dolor.

Después más o menos me olvidé. Volvió hace un rato. No perdona, nunca perdona. Ahora tengo que hacer penitencia.

* * *

—**Cambio.**

—Cambio.

—Cambio.

—Cambio.

El sonido cuadrafónico era producto del conjunto de “arbolitos”, un bosque en realidad, que se había reunido en la esquina. Como suelo ser tan metido, le dije a uno:

—Perdón, pero ¿por qué está todo el mundo haciendo cola en este lugar y allá a la vuelta no hay nadie?

Es que realmente estaba todo el mundo ahí, media cuadra de gente con la paciencia por el suelo pero todavía digna.

—Es que allá a la vuelta no tienen pesos —me contestó otro de ellos, el de pulóver rojo, de pie junto al primero.

—Por eso estamos acá —dijo el primero.

—Adentro venden, afuera compramos —pretendió aclarar el otro.

—Nadie tiene pesos —exageró apenas el primero.

Entonces debió de haber una señal oculta, un acontecimiento paranormal, algo a mis espaldas o fuera de mi entendimiento, porque los dos se dieron vuelta, me enfocaron fríamente con sus nuca y se olvidaron de mí, o pretendieron olvidarse. Yo, sin dólares ni pesos y ya ni siquiera curioso, seguí caminando.

Entré a una librería que está por cerrar, sobre Cabildo. “Liquidación definitiva”, dicen sin piedad los letreros rojos. Como daba la casualidad de que llevaba dos libros nuevos en el bolsillo de la campera, lo primero que hice fue acercarme al mostrador, donde había un hombre y una mujer.

—Miren —dije, mientras abría el bolsillo—, acabo de entrar y quería...

No es que haya hecho una pausa: debo decir que mantuve el ritmo. Pero tengo que anotar las dos caras de sospecha que me enfrentaron. Hay tantos locos, hay tanta gente rara, tantos ladrones, tanta violencia, la crisis es tan grave, estamos tan mal, es tan peligroso. Muchos mensajes cruzados había en esas caras. Más que mantener el ritmo la verdad es que me apuré un poco:

—...avisar que tengo dos libros que no son de acá, por las dudas de que ustedes los tengan.

Saqué los libros, los puse sobre el mostrador. El hombre los miró durante varios segundos, mientras la sospecha se diluía muy lentamente. No eran libros que pudieran tener, pensé en ese momento: ambos fueron impresos afuera, uno es difícil de conseguir, el otro directamente no fue importado porque hay edición local. La mujer perdió interés en mí.

—Puede ser que estén —dijo el hombre con desgano—, pero no importa. No importa.

Y como no era suficiente, hizo un gesto con la mano que podía significar una despedida y repitió una vez más:

—No importa.

Me desanimé. Aunque no tanto. Guardé mis dos ejemplares y fui camino al verdadero desánimo: el que me provocaron los libros en venta.

Hay de todo, pero el ejemplar típico es más o menos así. Tiene las puntas un poco torcidas, la tapa un poco rayada con un poco de polvo. La etiqueta blanca dice “Antes x pesos”, donde x es un valor ridículo, indignante; y “Ahora y pesos”, donde y es otro valor ridículo e indignante, aunque un poco menos, algo así como el doble de lo que pagaría por un volumen que de verdad me interesara.

Dejando de lado los libros-libros, me dediqué a los no-tan-libros. Guías Michelin, revistas de computación, historietas. Caramba. Encontré un par de Calvin & Hobbes que podía haber comprado. Pero se habían humedecido en algún sótano perverso, seguramente bajo un baño público abierto las 24 horas donde nadie entraba a limpiar ni

siquiera los lunes a la mañana, con los caños podridos por la edad y la vergüenza, bajo esas baldosas grises con regueros amarronados por la insistencia del tiempo. Por su parte, los Lucky Luke ni siquiera eran de Goscinny.

Salí con los mismos libros con que había entrado. No muy lejos seguía el concierto:

—Cambio.

—Cambio.

—Cambio.

—Cambio.

En el camino de vuelta me vino una frase a la cabeza, una de esas frases estúpidas que se forman solas y no se quieren ir, tal vez porque combinan lo verdadero con ese dragón interno que todo lo quema. Tanto insistió que pensé en anotarla cuando llegara a casa:

“Hasta los bebés parecen más tristes.”

Pero no la anoté, no me atreví. Era demasiado. Ahora apenas si puedo escribirla entre comillas, acolchada, en sordina. El relato de la cosa, no la cosa en sí.

* * *

Finalmente se arruinó el clima. Está lloviendo fuerte, hay truenos, el cielo tiene un color gris de novela mala. Todavía no hace frío, pero eso tiene que llegar tarde o temprano. Abrí un poco la ventana: se oye ese ruido tan raro que hacen los autos cuando andan por una calle mojada, esa especie de raspado. A fuerza de caer y arrastrar el mundo consigo, la lluvia desdibuja los edificios más lejanos (desde aquí, doscientos metros).

Hoy tenía que llover. Había demasiados motivos. Para empezar, la primavera de la semana pasada no podía seguir adelante. Y ayer, con veintiséis grados y más humedad que los días anteriores, las señales del fin estaban dadas. Incluso, ayer, miré con deseo el acondicionador de aire. Pero no, estamos en mayo, cómo puedo pensar en el acondicionador de aire.

Otra razón para la lluvia es que hoy tenía planeado ir al Parque Rivadavia. No voy nunca, pero hoy iba a ir. Habíamos pensado en tres planes alternativos: el de máxima nos incluía a mi mujer, a mi hijo y a mí; el intermedio dejaba a mi mujer durmiendo plácidamente y nos tenía sólo a Gabriel y a mí recorriendo libros y discos; el de mínima, en caso de portentosa fiaca de todo el mundo, sólo a mí. Hasta ayer, creí que iba en cualquier caso. Bueno, me equivoqué.

La tercera razón, poderosa, es que finalmente empezamos a colgar los cuadros en el nuevo departamento. Hace catorce meses que estamos en el “nuevo” departamento, y hasta ahora no lo habíamos conseguido. Hubo un pequeño malentendido antes de empezar. Yo decía que pusiéramos “muchos” cuadros, mi mujer decía que pusiéramos “pocos”. Entonces, como es lógico, fui a comprar “pocos” tarugos y ganchitos: traje diez. Un rato más tarde, con los cuadros apoyados en el piso por toda la casa, mi mujer me aclaró que por “pocos” ella entendía unos veinte. Para mí, veinte eran “muchos”. En total, vamos a poner diecinueve, pero sólo diez están ya en sus paredes respectivas.

Ahora llueve un poco menos. En el entramado de alambre que cierra el balcón se forman gotas blancas, en ristra como las luces que venden para los arbolitos de Navidad. Aparecieron matices en el gris de las nubes: sobre la parte oscura se va extendiendo otra más oscura. Es así, acá todo se hace con estilo.

* * *

Cambio las lamparitas y se queman otra vez. Las cambio. Se queman. Las cambio. Vuelven a quemarse. Esto ya pasaba, todo el tiempo, en donde vivía antes, pero el nuevo departamento me dio unos meses de tregua. Ahora ya me conoce lo suficiente.

Hoy compré lamparitas en una ferretería distinta. El ferretero reemplazó de un modo simple el proceso irritante de sacar cada lamparita de su caja, probarla en un portalámparas, volver a ponerla en su caja, etcétera. Primero abre las cajas sobre el mostrador, de manera que las lamparitas muestren lo que no puedo menos que llamar el culo. Luego acciona un interruptor, toma dos cables y se los apoya por turno a cada lamparita, haciéndole emitir un brevísimo destello de angustia.

Este ferretero es el mismo que el otro día me asesoró muy bien sobre tarugos y ganchitos para colgar cuadros. Me vendió los tarugos más chicos, aptos para pared de ladrillo hueco, y unos ganchitos en ele. Pregunté por qué en ele y no curvos, y me explicó de buena manera que los curvos mantienen los cuadros más alejados de la pared. Acepté la explicación, que luego resultó correcta. Los tarugos y ganchitos no alcanzaron (y de esto ya escribí antes), así que hoy fui a comprar más. Otros diez. “Como los del otro día”, dije. “¿Cuáles eran?”, preguntó el ferretero, que recordaba casi todo pero no fotográficamente. “Unos dorados, los más chicos, creo.” Sin dudarle, trajo una caja y la abrió: estaba llena, repleta, rebosante de ganchitos curvos. Le recordé que me había recomendado unos en ele. “Ah, cierto”, dijo. Fue y trajo la otra caja, casi vacía. Me fui con los mejores ganchitos en el bolsillo, dejando al ferretero arrepentido con su caja llena de ganchitos malos, sin saber qué cuernos hacer con ellos.

* * *

Otra vez llueve. Van a ser las siete, es de noche, y hay fantasmas tras las cortinas cerradas en las ventanas con luz. Movimientos difusos, gente que lleva una vida importante ahí a escondidas, y yo sólo percibo el lado de atrás de una sombra.

* * *

Mi radio-reloj despertador, de día, es un aparato estúpido que permanece sentado en la mesa de luz, sin hacer nada excepto guñar esos números rojos a los que nadie presta atención. De noche, en cambio, tiene entidad, es denso, se impone. En la oscuridad, sobre todo durante las horas de insomnio, los números rojos se hacen grandes y me invitan a incorporarlos a la imaginación. Así, siempre estoy inventando algún nuevo pasatiempo que los tiene de protagonistas.

Por ejemplo, suelo esperar a que cambie el minuto, y entonces cuento rítmicamente hasta sesenta, tratando de acertarle al próximo cambio. La primera vez es imposible, pero uno aprende: yo suelo ir demasiado lento, de manera que el salto me sorprende, digamos, por el cincuenta y dos. Entonces apuro un poquito, uno, dos, tres. Y llego a sesenta y cuatro antes de que pase nada. Nuevo ajuste: uno, dos, tres, cuatro. Cincuenta y ocho: me voy acercando. En algún momento el juego acaba solo; no es que me duerma, sino que me distraigo, una parte distinta de mi consciencia toma el control y abandona los números por un rato.

Otro pasatiempo surge cuando encuentro que los números forman alguna simetría. No necesariamente un número capicúa, como 23:32. Más interesantes suelen ser las simetrías de las rayitas que componen los números. Por ejemplo, 22:55, que en mi reloj es un dibujo simétrico. Entonces me pregunto: ¿cuántas veces en las 24 horas se da un dibujo así? Traba-

josamente pienso la respuesta, la encuentro, la compruebo en mi cabeza y siento una satisfacción efímera, algo triste.

(En esto es importante tener en cuenta que mi reloj no muestra un cero delante de la hora, cuando la hora es menor que diez. Así, después de las 23:59 se presenta una especie de catástrofe, un cambio de dimensiones geológicas, porque todo salta a 0:00.)

Se me han ocurrido otros trabajos para hacer mentalmente: ordenar los números por la cantidad de rayitas que los forman; emparentar aquellos que se convierten unos en otros con sólo cambiar una rayita, o dos, o tres; descubrir qué hora u horas del día requieren la mayor cantidad de rayitas, y qué hora u horas requieren la menor. Las soluciones son triviales, pero en esos momentos de la noche, cuando lo único visible son las figuras rojas, alargadas, terminadas en puntas como de lápiz, consigo un momento de calma en que el mundo parece simple y controlable.

A las seis y media en punto de la madrugada suena mi radio-reloj despertador: hay un rayo de sonido que se interrumpe de inmediato cuando lo intercepta el rayo de mi brazo derecho para fulminarlo de un golpe. La radio está sintonizada en cualquier estación, eso no me importa: lo que importa es el ruido, cada día diferente, que debe lograr devolverme a esta tierra de lágrimas.

El sonido fugaz, el rayo que todo lo atraviesa, toma formas curiosas. “Ten de la”, se oye, o “co que los m”, “ove you mo”. O música: “Clin clin cl”, “tap ta-tap t”. A veces me queda la intriga de qué estaría pasando, pero es tarde: la palabra interrumpida, la frase musical, se fueron para siempre. Luego me olvido tan rápido como de un sueño.

Me levanto a eso de las siete menos cuarto. Voy al baño. Me lavo la cara. Me pongo los lentes de contacto. Me cepillo los dientes. Voy a mi

oficina, que es la habitación que está justo frente al baño. Con la única luz del monitor, veo la temperatura en Clarín.com, donde siempre está equivocada. Luego veo la temperatura en La Nación Line, donde siempre está bien. Vuelvo al dormitorio. Le digo buenos días a mi mujer, que hace algún gesto vago e intenta responder sin mucho éxito. Le aviso qué temperatura hay. Le pregunto si va a desayunar café y tostada. Me dice que sí. Voy al living a abrir las cortinas. Como todavía es de noche, prendo la luz. Una de las cuatro lamparitas está quemada. Entro a la cocina. Tomo mis pastillas de la mañana. Hago el desayuno. Leche con Nesquik para Gabriel, un minuto de microondas, pero la saco unos segundos antes para que no se caliente tanto. Tortilla dietética de manzana con clara de huevo para mí, dos minutos de microondas. Tostada de pan integral para mi mujer, con la tostadora entre el tres y el cuatro porque va con otra tostada, que tal vez algún día Gabriel se decida a comer. Dos cafés grandes, instantáneos, con edulcorante. Saco la mermelada y la manteca de la heladera. Pongo dos servilletas de papel, porque Gabriel no usa. Voy al dormitorio de él a despertarlo. Le hablo, le acaricio la espalda. Levanto la persiana, aunque en esta época del año es todavía de noche. Me siento en el borde de la cama. “Hola, Gabriel, buen día. La leche está lista. Hay que levantarse para ir temprano a la escuela.” Responde apenas. Luego un poco más. Luego otro poco más. Para entonces mi mujer ya está en el baño. Ayudo a Gabriel a ponerse de pie y a enfilarse hacia la puerta. Tambaleándose, va al baño chico. Me siento en la mesa del living. Revuelvo de nuevo la leche con Nesquik. Viene Gabriel, la toma de una vez, sin parar, y se acuesta en el sofá. Tomo un trago de mi café. Como unos bocados de mi tortillita de manzana. Viene mi mujer, nos saluda a los dos y se sienta frente a mí. Nada de esto es feo ni aburrido; más bien, resulta tranquilizador. Mi rutina favorita. A partir de ahí no siempre es igual, ya es posible que haya variantes.

* * *

El clima no podría estar peor. Ayer llovió inmensamente, de un modo horrible, a distintas horas del día, de tal manera que era imposible no pensar en inundaciones, evacuados, escuelas pobres, mantas, angustia (“chicos despiertos toda la noche”, dijo mi mujer tan inspiradamente). Y al mismo tiempo la temperatura llegó casi a los treinta grados. Estábamos todos húmedos en los sitios más molestos, más inconvenientes. Por momentos casi había sol, o mejor dicho esa simulación patética de nubes que produce a nuestros pies una sombra que no lo es del todo, sino más bien un aura apenas más oscura que el resto. Y luego vuelta atrás, más nubes, más lluvia, nuevos matices de gris oscuro en el cielo que ni siquiera tenían formas graciosas.

Hoy está un poco más fresco, lo bastante para salir con pulóver a la mañana temprano pero caerse de calor un par de horas después. Es otra trampa, ya sé. La temperatura va a seguir subiendo, como la humedad, vamos a sudar, se nos va a pegotear el pelo, vamos a sentir las medias encoladas a los pies. La gente nunca mira tanto hacia arriba como en días así.

Todavía se molestan en declarar alerta meteorológico. Podrían hacer al revés: avisar en unos años, o siglos, cuando el alerta ya no sea necesario.

* * *

Me contó mi padre que, durante la tormenta, estaba escuchando Radio Cultura y, a la vez, mirando por la ventana del living. En eso, un fogonazo, un cortocircuito descomunal o algo así iluminó la cima de un edificio que está en Juramento y Zapiola, o Juramento y Conesa. Simultáneamente, la radio enmudeció.

Mi padre, desconcertado, se quedó esperando que algo más ocurriera. Pasaron unos veinte minutos. Entonces hubo un segundo fogonazo

o cortocircuito o lo que fuera, igual al primero. Y la radio volvió a andar exactamente igual que antes.

Es sabida la leyenda de que la amnesia se cura con el segundo golpe. Pero una antena...

* * *

Virrey Vértiz. Virrey Vértiz. Virrey Vértiz. Nunca consigo recordar el nombre de esa avenida. Uno tiende a llamarla Libertador, pero no, no es Libertador: a esa altura, Libertador está al otro lado de las vías. Esa avenida se llama Virrey Vértiz.

Hace unos meses tenía que ir a Virrey Vértiz y José Hernández. Subí a un taxi y dije:

—A Libertador y José Hernández.

El taxista tomó por La Pampa, y estaba por cruzar las vías cuando me di cuenta del error, justo a tiempo.

Hoy tuve que ir otra vez al mismo sitio. Recordando el mal antecedente, pero incapaz de pensar en el nombre de esa avenida, dije:

—Voy a Sucre y la avenida ésa que está entre las barrancas y las vías, que nunca me acuerdo como se llama.

—Yo tampoco —confesó el taxista—. La llamo Libertador, pero no es.

Conformes ambos con nuestro pensamiento homogéneo, seguimos viaje sin otros inconvenientes. Hasta que en la desolada esquina de Sucre y Virrey Vértiz (desolada en una mañana otoñal de domingo, sin gente en la plaza, con poca luz en la atmósfera, un poco fría), el taxista empezó a frenar. ¡Error!, anunciaron mis alarmas internas. ¡Otra vez error!

—Perdón, me confundí —dije—. No es acá donde voy. Es más adelante.

Para entonces estaba perdido: iba a una esquina de la que no sabía el nombre de ninguna calle. Aunque ahora sí, ahora había visto el cartel “Virrey Vértiz”. Pensé que convenía aclarar las cosas:

—Voy a una clínica que está media cuadra a la derecha.

—Ah, sí —dijo el taxista—. En José Hernández.

—Eso, claro, José Hernández.

¿Cómo había podido olvidarme? Allá fuimos, y allá por suerte llegué, y allá me diagnosticaron que no era una reacción alérgica sino un “herpes zóster”, que podemos contraer de adultos quienes tuvimos varicela de niños, y que podía doler y picar y que mejor era comprar unas pastillas específicas, aunque fueran caras.

A la farmacia, entonces, y sí que eran caras las pastillas. Y sí que duele y pica, a la vez. Es como quemaduras, no tan graves, pero la ropa no se soporta, las sábanas no se soportan, tengo un poco de fiebre, y espero que esto se acabe pronto.

Virrey Vértiz.

Escribo para entretenerme mientras me viene el sueño suficiente como para vencer al herpes zóster. En tanto, se me ocurrió mirar la guía Filcar. Tengo la edición 1987, y cambiaron muchas cosas en la ciudad desde entonces. Pero casi todo, a pesar de estos terribles años, sigue en el mismo sitio.

Compruebo Virrey Vértiz, compruebo Libertador, compruebo José Hernández. Y empiezo a notar algo que nunca había visto: la curiosa distribución de acentos en esta guía. Estoy en la página 79. Primero pienso que sólo tienen acentos las íes, en estos nombres de calles escritos con mayúsculas: ECHEVERRÍA, ZAVALÍA. Y que en cambio las otras letras no los merecen: OLAZABAL, VIRREY VERTIZ, DR. ROMULO S. NAON. Pero la regla se hunde enseguida: ahí están JOSE HERNÁNDEZ (¿por qué la E de José no tiene el acento, pero la A de Hernández

sí?), CAP. GRAL. RAMÓN FREIRE, el tan discutible caso de AV. CRÁ-MER... Y caramba, hay una excepción en sentido inverso, SUPERI, una I que debería tener el acento y sin embargo... Y aquí está NUÑEZ, y allá CRISOLOGO LARRALDE, y aquí IBERÁ, y allá ROQUE PEREZ, y ya no entiendo nada. ¿Alguien revisó esto antes de mandarlo a imprimir? ¿Lo habrán arreglado en ediciones posteriores?

Virrey Vértiz. Virrey Vértiz.

La recepcionista de la clínica tenía el hábito de tutear a todos, por teléfono o en persona, conocidos o desconocidos, sin distinción de edad, género o enfermedad. A todos, todos, todos. Excepto a mí.

* * *

—Dale, papá.

El padre tira el gorro de lana, como una pelota, en dirección al nene. El nene, que tendrá dos años, lo atrapa en el aire y enseguida se lo vuelve a tirar al padre. El padre se estira, se inclina, se tuerce, levanta el gorro del piso.

—Dale, papá.

El padre mira alrededor, trata de hacer el juego más lento.

—Dale, papá.

Ahí va el gorro, entonces. El nene lo atrapa, lo suelta, lo atrapa, y lo tira más o menos hacia al padre. “Más o menos” significa, a veces, en dirección contraria, o perpendicular, y en esos casos es el propio nene quien corre a buscarlo para probar otra vez. Cuando tiene el gorro en sus manos, el padre insiste en perder segundos.

—Dale, papá.

Gorro que viene, gorro que va.

—Dale, papa.

Gorro hacia aquí, gorro hacia allá.

—Dale, papá, o no te quiero más.

En eso un viejo se acerca al nene, sonriente, para acariciarle la cabeza.

El nene, con el gorro en las manos, lo mira y le dice:

—Hola, caca.

El viejo sigue sonriendo.

—Hola, caca —insiste el nene.

—¿Cómo te llamás? —pregunta el viejo.

—Hola, caca.

—Qué lindo.

—¿Por qué tenés pelota?

El cambio de discurso del nene toma a todos por sorpresa, hasta que el viejo mira su llavero, una especie de pelota de tenis en miniatura. Mientras tanto, el nene tiene tiempo de insistir:

—¿Por qué tenés pelota?

—Para poner las llaves —dice el padre, ya que el viejo no parece decidido a contestar.

El nene pierde todo interés en el tema. Vuela el gorro.

—¡Dale, papá!

* * *

Rascarse la frente con preocupación, buscando la idea que salve.

Rascarse la oreja, o la nariz, con distintos grados de perplejidad, sorpresa, como si en los huecos fuera a aparecer una explicación.

Rascarse con los dedos agrupados, formando un pico, generalmente con las uñas largas y pintadas, en movimientos nerviosos de ida y vuelta, ida y vuelta, ida y vuelta.

Rascarse justo al lado de donde pica, porque donde pica está prohibido, tratando de engañar a las terminaciones nerviosas.

Rascarse arqueológicamente, con el dedo índice, hurgando hasta el hueso, deteniéndose para limpiar la uña y volviendo a empezar un poco más profundo.

Rascarse con saña, a cuatro uñas, los dedos un poco separados y doblados en forma de rastrillo, para provocar el mayor daño en el menor tiempo posible.

Rascarse dormido, ahí donde duele y se lastima, donde al despertarse hay una mancha de sangre.

Rascarse porque sí, a ver qué pasa, por aburrimiento, mirando los cambios de color como quien ve la tele.

Rascarse regiones privadas, en público, mirando hacia otro lado, disimulando el movimiento como otra cosa.

Rascarse regiones privadas, en privado, con alivio, sonrisa hacia un solo lado, entrecerrando los ojos.

Rascarse el sobaco con el brazo del mismo lado, mientras se bosteza, despertando la piel para otro día.

* * *

En la planta baja del edificio donde viven mis padres hay un cartel que ordena: “Por razones climáticas, cierre la puerta de entrada con la mano.” Uno llega un día de sol, radiante, calmo, lee el cartel y no sabe qué razones climáticas obligarán a tanto. O por qué no es posible cerrar la puerta con el pie. Pero uno llega un día con mucho viento, de ese que impide a las puertas cerrarse, y comprende. Esa puerta, si no hay viento,

se cierra sola. Si hay viento, pero viento que vaya en cierta dirección, y no hay dudas de que el viento puede ser considerado un conjunto de “razones climáticas”, entonces hay que ayudarla. La pregunta es: ¿por qué no escribieron “Cuando hay viento cierre la puerta de entrada con la mano”? O, más precisamente, para abarcar todas las contingencias y aprovechando de paso que el cartel está precisamente en la puerta de entrada: “Asegúrese de que esta puerta quede cerrada.”

A pocas cuadras de allí, una salida de la estación Juramento del subte D, la que da a Echeverría del lado contrario al Bajo, dice en letras negras sobre fondo amarillo: “Salida Exclusiva.” Tras el cartel hay un túnel estrecho, en diagonal hacia abajo, totalmente ocupado por una escalera mecánica ascendente. Uno se queda mirando, y por ahí sale gente gorda y gente flaca, alta y baja, vieja y joven. Salen hombres y mujeres. Ricos y pobres. Chicos que juegan subiendo de espaldas. Gente seria, gente triste, gente que se ríe a carcajadas. Gente que a mitad de camino se arrepiente y tiene ganas de bajar otra vez aunque ya no pueda. De todo, sale por ahí. ¿“Exclusiva” para quiénes es esa salida? (Sí, yo también entendí. Pero entonces por qué no pusieron “Sólo para salir”, “Salida solamente”, “Sólo salida”, o incluso, tal vez sobre fondo rojo, “No entrar”.)

* * *

Ya son las diez de la mañana y todavía hay una niebla espesa, aunque no tanto como a la madrugada, con las primeras luces. A las siete y media casi no se veía más allá de la ventana.

Cuando el aire está así no me extraña que haya tantas leyendas. Salgo de caza con otros hombres y debemos gritar para saber que aún estamos sobre la tierra. Ese crujido en medio del bosque, esos filamentos, esa distorsión allá en el borde de la realidad: un hada. Claro. Y un unicornio, porque

¿es o no es un cuerno lo que está en la frente de aquel caballo que escapa, que tal vez no sea un caballo después de todo porque ruido de cascos no hay en la nieve blanca?

(Qué europeo es mi cerebro con esto de las leyendas. Son las que conozco, las que aprendí de chico. Hadas y unicornios. Espectros. Nieve en el suelo y las botas que se llenan de insectos blancos. La verdad es que sólo vi nieve de adolescente, en algún viaje de vacaciones. Y nieve urbana, en una ciudad, a los treinta y seis años, cuando fui a Montreal. Una experiencia, aprender a no resbalar en el hielo de las veredas.)

Pero esta niebla de ahora es algo raro. No hace frío realmente, dieciséis grados según los diarios de la Web, tan cerca del invierno. Un perro le ladra a la nada. Un colectivo hace ruido de raspado en la avenida Crámer. El mundo termina a menos de cien metros. Entre tantas cosas familiares, el grado de irrealidad sigue en aumento sin que importe lo que hagamos.

(A las once y media de la mañana la niebla está igual, o peor. Creo que nos elevamos a través de las nubes hacia algún tipo de paraíso supernumerario, reservado para quienes han perdido los otros paraísos posibles.)

* * *

—**Salí a deprimirme *outdoors***—dijo paseando junto al zoológico, del lado de Sarmiento, el domingo a eso de las cinco y media, hora invernal del atardecer.

* * *

rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr. Y de vez en cuando un toquecito de acelerador, rrr rrr rrrRrrrRRrrRRRrRRRrRRrrR rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr. Y dos más, rrr rrr rrrRrrrRRrrRRRrRRRrRRrrR rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrrRrrrRRrrRRRrRRRrRRrrR rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr.

Vamos, pensé, que baje pronto la novia. Que se le acabe el combustible. Que le caiga una maceta en la cabeza, con o sin casco. Era fuerte el ruido: pasaba un colectivo y casi no se notaba. Había un bocinazo y no se movía un pelo. Qué audacia, qué golpe de genio, qué símbolo de los tiempos, qué gran paso para la humanidad esa moto ahí burlándose de sí misma con su rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrrrrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrrRrrrRRrrRRRrRRRrRRrrR rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrrrrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrr rrrRrrrRRrrRRRrRRRrRRrrR rrr.

Hasta que de pronto apareció una voz, seguramente masculina pero aguda, potente, muy enojada, a la distancia justa como para que yo pudiera entender las palabras:

—¡APAGÁ ESA MOTO DE MIERDA, BOLUDO!

Y un segundo después, rrr rrr rr r... La moto se apagó. Sorpresa. Silencio. Y no se volvió a encender. Y nadie más gritó. Y ahí me quedé, tipo doce y diez, con los ojos definitivamente abiertos, definitivamente de madrugada, definitivamente alterado.

* * *

Hacia dónde van los ojos

El momento de parálisis de ese gato, mientras trata de descubrir si recibirá comida o un palazo en la cabeza.

Cuatro baldosas nuevas, de color gris amarillento, superpuestas a un grupo de baldosas viejas, de color gris verdoso, superpuestas a una vereda de baldosas más viejas, de color amarillo grisáceo.

El 113 que viene por Juramento y dobla en Crámer, empujando las leyes de la física para alcanzar la parada que está justo después.

El gorro negro del portero de la escuela, mientras mi hijo entra y sube la escalera.

Los conos anaranjados que impiden estacionar frente al Banco Río.

Las bufandas hasta la nariz de los vendedores de diarios de las esquinas, mientras ofrecen su mercancía alternando una calle y la que cruza al ritmo de los semáforos.

Los carteles que todavía ofrecen departamentos en venta.

El hombre que maneja la barrera de Echeverría y Freire, allá subido en su cabina, de incógnito.

La plaza con un tacho de basura por cada banco, y una bolsa de plástico blanca en cada tacho.

Las evidencias indirectas de un sol que va saliendo de a poco.

El pelo que se agita, arriba, abajo, arriba, abajo, de esa mujer que camina apurada dentro de su tapado negro.

El taxi libre y lento que se arrastra frente a cada peatón como un animal mimoso.

La primera sombra del día, imprevista, a mis propios pies.

* * *

A principios de abril mi hijo protestaba porque el otoño tenía poco que ver con el modelo escolar que acababan de enseñarle. Los árboles conservaban todas sus hojas. Hacía calor, como en primavera. Había mucha luz, mucho verano en las ropas, las caras y las costumbres. Le expliqué que

en realidad el otoño viene de a poco, las hojas caen una por una, los días se acortan lentamente. Mucho no me creyó.

Ahora nos distrajimos por un rato y adiós, el otoño ya pasó. No queda una sola hoja de todas las que debían caerse. Hace frío como en las mejores épocas, y la gente usa campera sobre campera, bufanda sobre bufanda. Es casi siempre de noche. Y a Gabriel, en la escuela, todavía no le enseñaron el invierno.

* * *

Estaban en el sector infantil de Burger King, pero no habían llevado niños para justificarse. Él entraba en los cincuenta y en la calvicie. Ella tal vez en los cuarenta, pero quién sabe bajo ese pelo negro planchado sobre la cara, la figura delgada y la voz gruesa. Se habían sentado en una de las pocas mesas que pusieron frente al pelotero y el laberinto, dentro de la gran pecera vidriada que hay al fondo, en el primer piso del Burger King que está frente al obelisco.

Cuando entramos a la pecera, mi familia y yo, ellos eran los únicos ocupantes. Pusimos en una mesa nuestros paquetes de proteínas, grasa y almidón, hicimos ruido de papel, de pajitas que perforan plástico, de servilletas. Ellos hablaban de cosas importantes.

—Mi padre todavía no puso su parte —decía ella.

—Pero entonces no llegás —él.

—Cien o ciento cincuenta me tiene que dar, para el alquiler.

Hablaban con voces de urgencia, densas. A él le resbalaban un poco algunas letras. Gabriel tomaba un traguito de su Fanta. Yo comía papas fritas. Mi mujer inclinaba la cabeza para medir la situación.

Él habrá ofrecido ayuda, porque ella contestó:

—Pero no, vos tenés tus propios problemas económicos.

—Ya sabes quién soy yo —respondió él, categórico.

Estaban ubicados en un ángulo de noventa grados uno con respecto al otro, y nosotros en diagonal con ellos, a unos cuatro metros. Vino un chico, tal vez de tres años, a mostrarnos dos pedazos de algo anaranjado que traía en las manos: caramelo, partes de un juguete de Cajita Mágica, quién sabe. Finalmente se los metió en la boca y se fue.

—A mi vieja se le ocurrió que vivamos los tres juntos —dijo ella.

—Pero tu padre y tu madre se odian —hizo él su parte de teleteatro.

—Ella dice que a mi padre lo arregla con cinco o diez pesos por día.

Él se iba acercando a ella.

Hablaban en voz alta. Usaban ese tono de voz paradójico que consiste en un susurro casi gritado, algo que se oye a veces en el teatro. Era un ambiente muy cargado, impúdico, el que estaban creando, un microclima obsceno que se expandía en oleadas.

Mi mujer, que los tenía a su espalda, se sentía incómoda. Después de todo estábamos en el lugar destinado a las familias con chicos, el sitio protegido, privado, rodeado especialmente con vidrios para cuidarlo del salvaje mundo exterior.

Decidimos mudarnos. Haciendo ostentación de movimiento, levantamos nuestra bandeja, nuestros vasos y paquetitos, nuestras servilletas, y nos fuimos a una mesa libre justo afuera del recinto infantil.

Gabriel comió, jugó, se fue al pelotero. Unos minutos después lo siguió mi mujer, para verificar su bienestar. Volvió indignada:

—Además están fumando —dijo.

Me di vuelta para mirar (ahora era yo quien los tenía a la espalda) y sí, había una nube de humo a su alrededor. Ya se tocaban las manos, también.

En la nueva zona que ocupábamos había más fauna de fin de semana céntrico. Para empezar, estábamos en el camino a los baños, de modo que

veíamos un ir y venir de personajes. Pasó por ejemplo una chica dark, zapatos negros, medias negras, pollera larga negra, tapado negro, mochila negra con la leyenda *The Cure*. A la ida la vi de atrás, pero a la vuelta le descubrí la cara muy blanca con el pelo negro a ambos lados y en el centro exacto una boca más roja que la sangre arterial.

Pasó un hombre de bigotes, con el pelo atado de tal forma en la nuca que parecía el mango de una sartén pequeña.

Pasó un grupo de chicas, la mayor tal vez de doce años, con jeans ajustados, haciendo los mayores esfuerzos que la edad les permitía para llenar el aire de seducción femenina. El hombre de seguridad, uno bajito que llevaba una bandera argentina en el hombro derecho y un palo negro en el lado izquierdo, se dio vuelta para observarlas de la cintura hacia abajo.

Una empleada del lugar iba seguido a verificar los baños. Entraba en el de mujeres, a la izquierda, y luego empujaba un poco la puerta del de hombres, a la derecha, mientras al parecer miraba en otra dirección. No entendí lo que hacía hasta que llegó mi propio turno de ir al baño. Es difícil de explicar. Cuando abrí la puerta me di cuenta de que era posible ver en el espejo si había gente en mingitorios o inodoros. Luego, al salir, me tomé el trabajo de mirar en la misma dirección que la empleada, donde había otra puerta con un cartel que decía "Privado". Resulta que ese cartel, hecho sobre metal plateado, era otro espejo perfecto: al empujar la puerta, mirando fijamente ese cartel, la empleada tenía una imagen instantánea del interior del baño, a través de dos espejos enfrentados.

Pasamos un rato largo allí, mientras Gabriel jugaba en el pelotero con los otros chicos que fueron llegando. Tomamos café con torta de chocolate. El espacio vidriado se llenó de gente. Había más ruido. Pero los dos del comienzo seguían en su sitio, sin ojos ni oídos más que para sí mismos. La última vez que miré, antes de irnos, se estaban besando. De una buena vez.

* * *

Cada noche, cuando cierro los ojos y empiezo el trabajo de dormirme, suena el teléfono de los vecinos. No importa la hora, pueden ser las diez o la una de la madrugada. Suena siempre. Lo oigo tan fuerte como si fuera mi teléfono.

Eso es casi todo lo que sé sobre esa gente.

* * *

En este momento: ladridos de un perro que no recuerdo haber oído antes. ¿Cómo es posible, si estoy todos los días aquí sentado, oyendo lo poco que hay para oír?

* * *

En la última hora ocurrió dos veces que bajó la intensidad de la luz. Me acordé de la época en que era lo usual, allá por la década del sesenta, cuando estábamos acostumbrados a que las lamparitas más poderosas languidecieran con un brillo apenas perceptible debido al mal servicio.

Más todavía, me acordé del *elevador de tensión*. Era una caja gris, de unos treinta centímetros de ancho, veinte de alto y veinte de profundidad, con una perilla que tenía doce posiciones numeradas, y un vúmetro. Cuando las lamparitas empezaban a dar señales de depresión, mi madre decía:

—Hay que poner el elevador.

Y allá iba yo, el niño de la casa, encargado de la tarea importante, corriendo a pasar la perilla del uno al dos. A veces incluso al tres.

Cuando llegamos a tener tele el síntoma disparador cambió: la imagen de la pantalla perdía altura, se convertía en una banda horizontal, más delgada cuanto más baja estuviera la tensión. Había que ir bien rápido entonces a regular la perilla.

El fenómeno inverso, cuando la tensión subía, era terrible. El elevador tenía una alarma, una chicharra fuertísima que ponía los pelos de punta y obligaba al emisario (o sea, yo) a redoblar la velocidad.

Me acuerdo de haber pasado ratos mirando el elevador, fantaseando con esa situación límite en que hubiera que poner la perilla en el doce.

No sé qué fue de ese aparato, tendré que preguntar. Me parece que cayó en desuso durante los setenta, cuando los problemas a resolver se hicieron más graves y no sólo para mí. Otras clases de problemas, en que la perilla llegó al doce con frecuencia.

* * *

Llueve en todas las direcciones. De arriba, de abajo, de los costados. Llueve por adentro también, donde canillas imprevistas se abren sin haber dado antes señales de deterioro. Llueve en sitios en los que uno se creía protegido. Llueve bajo techo, bajo la cama, bajo cuerda, bajito. Llueve a pesar de los paraguas, las capuchas, los impermeables, las camperas, las bolsas de nylon, los recuerdos, los olvidos. Llueve aunque uno se distraiga mirando para otro lado. Llueve leyendo el diario, mirando la tele, trabajando, charlando en familia. Llueve en silencio y llueve con ruido. De todas las maneras posibles llueve, bajando aún más la sensación térmica.

* * *

Mirando gente en el “tenedor libre”

El nene tiene ojos grandes y hoyuelos en las mejillas. El padre, de cara pequeña, parece que podría compartir algo de la buena predisposición de su hijo, aunque desentonan los labios color necrosis. La madre está amargada, pasa un mal día, o simplemente es así. En vez de hablarle al chico le ladra. Lleva un corte de pelo brujeril. Tiene unas arrugas o protuberancias, no veo bien, a ambos lados de la boca, ahí donde las comisuras de los labios le caen vertiginosamente en desprecio al mundo.

Es alta, delgada, lleva uniforme negro y seguramente estudió alguna de esas carreras fascinantes donde les enseñan a hacer hoteles más confortables, restaurantes más tentadores, cosas así. Alguien, al pasar, la llama Pilar. Con semejante nombre, ha de ser un verdadero soporte en este sitio. Siguiendo con el estúpido juego de palabras, me pregunto si usará sostén.

Durante el noventa y nueve coma nueve por ciento de la historia de la humanidad, con la cara que lleva y las caderas que mueve al caminar, esa chica habría sido el ideal de belleza femenina. Le tocó la mala suerte de nacer hace veinte años, así que tiene fácil ocho kilos de más.

Vino con su mujer, sus dos hijas prepúberes y su hijo de seis o siete años. Come, come, come. De pronto, levanta la mano derecha para interponerla entre él y la más hiperactiva de sus hijas, como quien intenta detener una bala, como quien quiere protegerse del camión que está por atropellarlo, como quien se defiende de la lluvia sin paraguas.

* * *

Dos chicos de nueve o diez años, bajitos, traían sendas botellas chicas de Quilmes Cristal y trataban desesperadamente de abrirlas usando las rejas de los departamentos de planta baja. Una de las botellas ya echaba espuma por la tapita metálica torcida. Cuando pasé, me preguntaron si podía abrírseles. Dije que no y seguí caminando. Unos metros más adelante los esperaba una chica tres o cuatro años mayor y tal vez más viva: ella tenía *dos* Quilmes Cristal, y además *en lata*. Los miraba con impaciencia. Me di vuelta y noté que de algún modo uno de los chicos había tenido éxito y ya estaba tomando del pico de la botella. A pocos pasos la gente esperaba el 151 como si no hubiera otra cosa que hacer en la vida. Me vine a escribir esto (*como si no hubiera otra cosa que hacer en la vida*).

* * *

—**La luna está menguante** —dijo el taxista—. Buen momento para cortarse el pelo.

—Esa no la sabía —dije.

El taxista dio vuelta la cabeza para mirarme y le sonrió a mi ignorancia.

—Si te cortás con la luna en creciente —explicó—, el pelo crece más rápido.

—Ah —respondí.

Estaba hermosa la luna, esa noche de sábado, en el aire marítimo.

* * *

Viene el fumigador, toca timbre. Por la mirilla veo su calva, los aparatos que le sostienen los dientes, los ojos hundidos. Tiene menos de treinta años. Arrastra el tubo donde está el veneno para las cucarachas. Como de costumbre, le agradezco su presencia pero le digo que no, gracias.

Casi no hay cucarachas en este edificio. Sólo de vez en cuando aparece una grande en el pasillo, medio desorientada, que apenas trata de escapar.

En el departamento anterior, en cambio, las cucarachas formaban parte de la vida diaria. En una época el fumigador que venía era un hombre mayor, Ramiro, que tenía algo personal contra los pobres bichos que le daban de comer. Sin que se lo pidiera, Ramiro me explicó algunos de sus secretos de varias décadas. En cierto momento apareció una cucaracha en el piso, frente al baño. Era pequeña. Parecía capaz de correr muy rápido. Pero Ramiro era más rápido aún. Con su pistola de veneno trazó alrededor del bicho un círculo húmedo de unos treinta o cuarenta centímetros de diámetro.

—Fíjese ahora, va a ver que no puede escapar —me dijo.

La cucaracha empezó a correr dando vueltas, pero no atravesó la muralla líquida levantada por Ramiro. Él lo disfrutaba. Me hizo esperar hasta que la cucaracha murió, o sólo quedó inmóvil, quién sabe, y entonces acabó la tarea con un pisotón.

Ramiro duró poco tiempo. En su trabajo, quiero decir. Contrataron a otra empresa, cuyo dueño apareció una sola vez, un extranjero muy seguro de sí mismo, que no se ocupaba de hurgar en los rincones sino que enviaba a sus personeros de menor nivel. Los empleados cambiaron muchas veces, pero la empresa siguió prosperando hasta que nos mudamos. Las cucarachas también.

* * *

—**Yo ando siempre a la misma velocidad** —explica el remisero—. Hasta las tres de la madrugada, eso significa que voy demasiado rápido. Después de las tres, que voy demasiado lento.

Esquiva una 4x4 y sigue:

—Antes iba a Ezeiza a ciento cuarenta. Sin peligro, porque estaba solo en la autopista. Ahora, con el precio del gasoil, no puedo pasar de cien porque consume mucho.

Pasamos un semáforo anaranjado. Le ofrezco un chicle, pero la lengua no se le queda pegada.

—El problema —dice— es la madrugada de los domingos. Pasan todos a ciento setenta, a doscientos, y además están borrachos.

Sonríe, recordando una anécdota de esas que debe haber contado a cada pasajero en los últimos diecisiete años.

—Estaba parado en un semáforo rojo. Cuando el semáforo cambió no hice nada. El pasajero me preguntó por qué me quedaba ahí, y entonces pasó delante de nosotros un taxi, como una bala. Recién después arranqué. “¿Cómo sabía que venía ese taxi”, me preguntó el pasajero. Le contesté que lo había visto levantar pasajeros a unos metros de la esquina, y estaba seguro de que iba a pasar el semáforo aunque ya hubiera cambiado.

Estamos llegando a destino. Le queda tiempo apenas para un comentario final:

—Es que yo fui taxista muchos años. Los conozco bien. —Me mira, no por el espejito sino cara a cara, dándose vuelta. —Pero nunca hice esas cosas, por supuesto.

* * *

Trato de dormir la siesta, pero no puedo porque hace una hora y media que suena la alarma de un auto. Después mi mujer me dirá que el auto está en la esquina, frente a la lencería, pero ahora no consigo ubicarlo: sólo sé que suena y suena en algún lugar al otro lado de la ventana, de la persiana baja y las cortinas azules que decoran mi dormitorio, y suena de tal modo que no puedo dormir la siesta.

Es una de esas alarmas con seis sonidos diferentes, seis torturas cuidadosamente diseñadas para que ningún otro ruido las enmascare, para ser inconfundibles, para gritar ALARMA ALARMA ALARMA ALARMA en el oído de toda persona que se encuentre a menos de doscientos metros. Este ejemplar específico tiene una pequeña falla: cada vez que llega a la mitad de uno de los sonidos, una especie de insecto furioso que taladra el cráneo a mucha velocidad, se frena durante dos segundos, el tiempo suficiente como para creer que se apagó, y luego empieza de nuevo.

Me imagino un pisón gigantesco que baja de las alturas y aplasta el auto, una vez, dos veces, tres. Quedan restos de chapa ya oxidada. Pero la alarma sigue sonando. Viene una dobladora de metal, que pliega los restos en cuatro, en ocho, que hasta levanta las arandelas sueltas del piso y las entierra en el centro del metal. Pero la alarma, todavía, sigue sonando. Compactan todo para formar un cubo. Meten el cubo amarronado, que pesa una tonelada, en un camión que se va por la avenida hacia quién sabe dónde. Pero la alarma, como queriendo darles la razón a los dualistas, como un alma separada del cuerpo, sigue sonando. Seguirá sonando para siempre, durante horas, días, años. En el futuro más remoto, cuando vengán a estudiar los restos enterrados de esta ciudad, descubrirán un punto en que esa alarma todavía estará sonando. Y alguien propondrá la teoría de que la alarma es el centro del universo, que está fija a un sitio del entramado espaciotemporal, una singularidad desnuda que no se mueve en términos absolutos, en torno a la cual gira todo lo demás. Seguramente las leyes físicas pueden sobrevivir a la aplicación de ese tipo de simetría. Quien no puede sobrevivir soy yo, con la almohada en torno a la cabeza, acompañando sin

querer los ritmos de la alarma con emisiones guturales, con los nudillos, con la lengua entre los dientes, pidiendo ayuda donde decididamente ya no la hay.

* * *

La plaza Noruega, en el barrio de Belgrano, el domingo a la tarde

Nene con uno de esos títeres con pico que se abre y se cierra haciendo clac clac clac.

Pareja que se besa, los dos rubios de pelo corto, sentados en un banco, ella con las piernas hacia el camino, él con las piernas hacia el pasto, los torsos inclinados para apretarse uno contra el otro.

Dos chicas que toman una botella de cerveza negra.

Perro que mira con melancolía el cartel que le prohíbe entrar al área de juegos infantiles.

Dos amigos de cuarenta y pico y barba de unos días, espalda encorvada, pelo desprolijo, que charlan sobre el trabajo que no fue.

El papel de caramelo que rueda y rueda y rueda.

El sendero gastado.

Picazón en la nuca.

Silencio, casi.

Hojas verdes contra el cielo azul.

* * *

Gente en el subte

Repartidos en el asiento que tengo frente a mí, tres muchachos que no viajan juntos miran en forma sincronizada a la derecha, luego a la izquierda, de nuevo a la derecha. Hay que seguir esas miradas: apuntan cada vez a la chica más linda de ese cuarto de minuto.

Él tiene unos treinta años más que ella. Ella lo trata de usted. Él tiene unas ojeras de colección, hechas por un diseñador que cobra en dólares, de esas que vienen con varios degradés entrecruzados, rosa a violeta, verde a celeste, gris a negro. Ella no. Él, en voz alta, explica alguna cosa que salió en el suplemento de arquitectura de Clarín. Ella bosteza sin parar.

Muy viejo, con bastón. Tarda un rato en poder entrar al subte. Una chica le cede el asiento, pero le cuesta tanto sentarse que casi parece que no vale la pena. A medida que pasamos las estaciones va diciendo los nombres, uno por uno, pero de memoria, sin mirar los carteles. Se empieza a poner de pie mucho antes de la estación Palermo. Llega a tiempo.

En medio del rostro cuidadosamente esculpido, enmarcado en ese pelo rubio de química radioactiva, justo a la derecha de la boca que huele a dentista caro, tiene un lunar. Si uno pudiera acercarse lo suficiente y mirar con una buena lupa, tal vez llegaría a distinguir el signo de copyright de un consorcio internacional de empresas de cosmética y centros de cirugía plástica.

Tiene los rasgos de una nena de doce años, pero habrá cumplido los treinta. Viste de amarillo, tostado claro, tostado oscuro y negro. Tal vez no sea tan linda como para una película de Indiana Jones, pero los colores permitirían situarla en la mitad derecha de un cuadro de “El templo de la perdición”, como si fuera el reflejo de un desierto, acompañada por una intensa luz azul, reflejo del mar, en la mitad izquierda.

¿Qué habrá estado haciendo de rodillas en el piso, durante un largo rato, la chica que está tan prolijamente sentada frente a mí leyendo un apunte con la cara seria, un palito atravesado en el cabello, la espalda bien recta, y esas dos manchas casi redondas, casi perfectas, en las piernas de sus jeans, cinco centímetros por debajo de las rótulas?

Destinos diversos para las tarjetas con que se viaja en el subte: el de shorts tiró la suya bajo el asiento; el de barba prematura la pliega en forma de acordeón y vuelve a desplegarla; el del medio se ríe y hace un origami, una especie de flor, vida artificial.

Bonita, rubia, algunos kilos de más según la moda. El pelo tirante hacia atrás, atrapado en una cola. Se mete el pulgar en la boca para obtener otro poco de proteína de esa pielcita que no acaba de salir o esa cutícula en desintegración. Si fuera un hombre y estuviera en el casting de una película, su cara daría el perfil justo de un psicópata.

* * *

Alguien duerme cada noche con la cabeza a treinta centímetros de la mía. Ahí respira, ronca a veces, sueña con cosas que nunca sabré. Ahí tiene insomnio, da vueltas, cambia la almohada de posición, recuerda unas cosas y olvida otras. Ahí vive un tercio de su vida, siempre a treinta centímetros de mí, casi tocándome.

No conozco a esa persona. Nunca la vi. Tampoco conozco la habitación donde duerme, y lo más probable es que no llegue a conocerla. Nos separa una pared de ladrillo hueco, una pared frágil, que podría romper a martillazos en unos minutos. Nos separa una cordillera, un océano, un universo entero condensado en treinta centímetros.

* * *

Eran las ocho de la noche y estaba lloviendo cuando fui a tomar el 151 rumbo a Palermo. Me tocó uno de esos colectivos que tienen pocos asientos adelante, la puerta de salida en el medio y una acumulación de asientos atrás. Los de adelante estaban casi todos ocupados, así que me fui al fondo, a sentarme en la penúltima fila.

Justo frente a mis ojos estaba la nuca de un hombre joven, rapado, vestido con remera blanca. En la base de esa nuca había tatuado un ojo, bastante realista, que me miraba mientras su dueño hablaba por celular.

—Estoy yendo para allá —decía—. No estoy llegando, pero estoy yendo.

Mientras tanto, era imposible dejar de mirar ese ojo. Más todavía, tuve que imaginar a una mujer (o a otro hombre) que acariciaba esa nuca, ese cuello, acercaba la cabeza lentamente como parte de un abrazo hasta apoyar la barbilla en el hombro, miraba un poco hacia atrás y hacia abajo y descubría de pronto un dedo en ese ojo sorpresivo, un dedo aparentemente embadurnado de fluido ocular, y entonces gritaba de asco y temor, se alejaba a los saltos, destruía para siempre todo posible contacto.

—Estoy en el colectivo —decía el del ojo mientras tanto—. Voy para allá. Llegaré en unos diez minutos.

Entonces alguien se puso de pie más adelante, dejando libre el mejor asiento, el que queda justo tras la puerta del medio. Me mudé enseguida, un poco por el ojo y otro poco por la charla telefónica.

Diez cuabras después, la charla telefónica todavía continuaba, aunque desprovista de sentido por la mayor distancia y los ruidos del colectivo:

—Lero lera —sonaba— lero yo uagaba leroso única la verdad...

Hablaba todo el tiempo. Casi no paraba, como un mal actor que simula una conversación sin tomar en cuenta la otra mitad. El interlocutor del portaojo debía ser un experto de video game, de esos que consiguen acertar sus disparos (sus monosílabos) en los huecos de un píxel de ancho que deja la armadura enemiga.

—Luria le miria se bande malcata vendría...

Pasaban las cuabras. También seguía lloviendo.

La charla terminó en la esquina de Niceto Vega y Bonpland. El silencio telefónico duró muy poco, el tiempo que tardó en sonar el celular de una mujer que se había sentado junto a mí.

—Hola —atendió.

Silencio.

—¿Viste? —dijo.

Silencio largo.

—¿Viste?

Silencio.

—Sí, sí.

Silencio, doble silencio.

—Viste.

Silencio. Tuve la impresión de que estaba presenciando, *en diferido*, el otro lado de la conversación anterior. Pero no, esta era demasiado breve:

—Bueno, te veo ahora —dijo la mujer, y cortó.

Enseguida llegamos a Scalabrini Ortiz, donde yo tenía que bajar.

Cruzando la calle delante del colectivo, que se había parado en el semáforo rojo, venían dos chicos. Uno le advertía al otro:

—No le toques la cola, eh. Cuidado. No le toques la cola.

Eran cartoneros. Llevaban un enorme carrito de supermercado muy cargado de papel. La cola en cuestión era la parte trasera de un taxi, también detenido por el semáforo.

* * *

Déjà vu

¿Qué diferencia hay entre caerse del décimo piso y caerse del primero?

Que cuando uno se cae del décimo hace así:

—Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa... Pum.

Y cuando uno se cae del primero hace así:

—Pum. Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa...

Luis Pescetti contaba este chiste el año pasado, en su espectáculo. También lo puso en un disco, “El vampiro negro”. Era uno de nuestros favoritos: Gabriel y Susanne se reían, yo volvía a contarlos cuando había oportunidad.

Pero ahora estoy lejos de ese chiste, lejos de Pescetti, sobre todo lejos del año pasado. Con mucha lentitud, sigo digitalizando los videos de la primera vez que fui a Europa, en 1991. Esta semana, por ejemplo, estoy en la Alhambra. Es un 23 de mayo, un día de sol, caluroso. La cámara gira, enfoca, desenfoca, cargando la cinta con mosaicos, columnas, patios perfectos. Es un viaje en la máquina del tiempo. Es magia.

Los ruidos son sorprendentes. Dos andaluzas pasan junto a mí diciendo cosas ininteligibles. El agua que corre suena a bolsitas de plástico. Hay pájaros, había pájaros en la Alhambra ese día y yo no los recordaba, y todavía están cantando.

Detrás de mí (detrás de aquel yo que estuvo en La Alhambra hace once años y medio) hay un grupo de franceses. La cámara no los ve, pero quedan grabados. Se ríen. Uno de ellos empieza a contar algo en voz alta, demasiado alta para el estándar de este sitio, algo que no entiendo porque no sé francés. Y de pronto hace así:

—Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa... Pum.

Siento unas cosquillas en la espalda: la espalda, para ciertas cosas, es más rápida que el cerebro. La cámara, mientras tanto, quedó hipnotizada en el Patio de los Leones.

Suena otra rápida frase que, ahora sí, casi comprendo. Y enseguida:

—Pum. Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa...

Y la Alhambra ya no volverá a despegarse en mí de este nuevo viaje, este *loop* imprevisto, esta pieza de un rompecabezas que siempre estamos armando y no nos damos cuenta.

* * *

Gente en el subte

Pone el bolso en el suelo, entre los pies con las uñas pintadas. Bolso y uñas tienen el mismo tono bordó.

Lleva la cartera colgada del hombro izquierdo, pero la aprieta contra el estómago con la mano derecha. Le duele el monedero.

Tiene dos bolsas de plástico, una en cada mano. La izquierda es rosa. La derecha, celeste. Seguro que vienen mellizos.

Se colgó la mochila de ambos hombros, pero la lleva adelante, sobre el pecho. El pelo largo impide verle los ojos que, para compensar, sin duda tiene en la nuca.

Se sienta, pone el bolso sobre las rodillas y cruza los brazos. El bolso rueda hacia adelante. Para evitar que llegue al piso levanta los dos pies, con las puntas bien para arriba. Descruza los brazos, levanta el bolso de los empeines donde quedó atrapado, lo pone sobre las rodillas, y vuelta a empezar.

* * *

Estoy a punto de dormirme pensando en algo que dijo mi mujer, cuando otra cosa entra en mi mente. Viene de ninguna parte, sin aviso, a interrumpirme. Puede ser un recuerdo: camino por unas calles casi despo-bladas, en busca de la casa de alguien. Estoy con mi mujer, o tal vez no sea ella sino una pareja anterior; más que la persona, es el vínculo lo que está claro. Pero el hecho de caminar no es lo central, sino la contemplación en sí misma. Me parece ver el plano del barrio en que me encuentro, calles ortogonales, manzanas en damero, y hay cuatro cuadras en una dirección, seis cuadras en la otra, la mayor parte sólo terrenos baldíos. La casa que buscamos está en una calle perpendicular a la dirección en que veo el conjunto.

Sí, tiene que ser un recuerdo, pero no consigo ponerlo en ningún sitio, ninguna época. También podría ser un sueño. O el recuerdo de un sueño.

La casa que buscamos resulta ser pequeña y un tanto vieja, en contradicción con el barrio, que sin duda ha sido trazado hace poco y está apenas ocupado por unos pocos chalets de dos ambientes con ladrillo descubierto. Estoy en la vereda, mirando la casa a través de una alambrada. Y sin embargo tengo una imagen difusa del patio interior, con una mesa destartalada, las puertas altas y oscuras de una casa-chorizo, una mujer baja vestida de negro con un delantal claro. También puedo ver algo de la casa de al lado: está cerrada, vacía; tiene las paredes revestidas de piedra; el césped, afuera, está bien cortado, no como en “nuestra” casa, cuyo jardín es desprolijo.

Lo curioso es que no presto atención a lo que veo, sino a las dudas sobre su origen. ¿Estuve en este lugar alguna vez? ¿Lo estoy inventando ahora? ¿Está regresando de un sueño muy antiguo? No lo puedo saber. Es muy convincente la creencia de que el lugar existe, o existió. Se me impone. Y a la vez me falta la comprobación de un recuerdo más preciso. ¿Tal vez esto ocurrió cuando era muy chico? ¿Puede ser que esté con mis padres? ¿Sólo con mi madre?

No, no es así. Fui de adulto. Tenía comprensión del espacio, una idea muy clara de la disposición del barrio. Recorro mentalmente distintas eras geológicas de mi vida, rastreando el momento que ahora me toca revivir. Voy muy lejos. Pero no encuentro nada.

Y ahora esto también se desdibuja, porque tengo otro recuerdo, de otro barrio, otro momento, otro viaje. En un colectivo, ando por una calle que debe de estar en la mitad sur de la ciudad. A ambos lados hay edificios de varios pisos. La calle termina un par de cuadras más adelante, donde sé que el colectivo girará unos metros a la derecha para luego volver a doblar a la izquierda. También veo el plano del barrio, debí consultarlo en una Filcar. Estoy solo, voy a visitar a alguien por primera vez. Pero no sé a quién. Tampoco lo recuerdo. O estoy en otro sueño.

Esta segunda escena es más débil que la primera. La primera trata de volver, se superpone a la segunda. Y entonces, aprovechando la lucha, una tercera situación relacionada con planos y casas salta hacia mí. Hay una avenida larga, que va hacia el sur cerca del río. No estoy viajando, es algo que sé, veo más o menos toda la avenida y entiendo que voy al final, a un pequeño barrio encerrado entre depósitos. Al mismo tiempo, sé que hay una plaza, la veo, es una plaza oscura en el centro de la ciudad, con árboles muy altos, rodeada de edificios de tipo ministerial. La plaza y la avenida son parte de un mismo recuerdo, un mismo lugar, aunque estén dissociadas.

Nada de esto se corresponde con sitios de Buenos Aires. Y sin embargo creo que estoy aquí, en la ciudad. No puede ser en otra parte. Una idea lateral me encandila por un momento: escribir un cuento, o una novela, en una Buenos Aires donde las calles son otras, los nombres son otros, pero en una recombinação de elementos porteños que hagan la ciudad inconfundible; más aún, llamarla Buenos Aires, declarar que es Buenos Aires. Y no dar explicaciones.

Estoy en todas partes: en el barrio raleado, en el colectivo, en la avenida del sur y la plaza. Comparo las situaciones entre sí, asignándoles distintos grados de credibilidad. Me sorprende el acumular tantos recuerdos que podría llamar catastrales. O el tener tantos sueños semejantes, que sin embargo parecen separados por intervalos de años y años. Me siento al borde de entender algo, a punto de llegar a una conclusión.

Pero no hay momento culminante, no hay resolución. Me canso, me distraigo. Dejo todo de lado. Vuelvo a la imagen más fuerte, la casa pequeña y vieja en ese barrio despoblado, seguramente en las afueras de la ciudad, hace mucho tiempo. Y entonces no recuerdo nada más, y ya son las cuatro y media de la madrugada, y me duele la espalda, y me doy vuelta para seguir durmiendo.

* * *

Gente en el subte

Ese hombre alto y gordo, de bigotes, medio calvo, con remera blanca y pantalones de gimnasia, pasa silbando el arrorró.

Es una chica linda, salvo por esa horrible cicatriz en el cuello, esa cosa sin forma por debajo y un poco por detrás de la oreja. Hasta que mueve la cabeza y resulta ser un aro, un pendiente que termina en una piedra color salmón.

Ella (otra) tiene una cicatriz que le parte el labio superior. Él la besa exactamente ahí.

Viene por el andén *corriendo bajito*: la espalda bien derecha, los brazos quietos a los costados, sólo corre la mitad de abajo de las piernas, arrastrando los pies.

Hay un sargento de la policía en el siguiente grupo de asientos. Mejor dicho, hay unas jinetas de sargento, tres segmentos amarillos, en una prenda color azul oscuro. Mejor dicho, hay un chico de pelo largo que lleva una remera con tres rayas amarillas en las mangas.

* * *

Tendemos a pensar que el presente se perpetúa en el tiempo, sin cambios, o en todo caso con cambios selectivos, precisos, quirúrgicos, aunque no siempre para mejor. Sin embargo es *todo* lo que cambia, y con un grado de profundidad que, aún sabiéndolo por experiencia, nunca podemos prever.

Pienso en esto porque me vino a la cabeza una imagen del mundo y de la vida diaria de cuando yo tenía siete años, en 1961. Una imagen que empezó a crecer, a cobrar vida, a extenderse con los conocimientos que ahora tengo de esa época. Y se me ocurrió comparar ese entonces con el presente, en que mi hijo está por cumplir siete años.

Después pensé: no, un momento, ¿por qué no comparar hacia atrás, con el año 1931, cuando *mi padre* cumplió siete años? La diferencia entre ambas épocas, 1931 y 1961, es inmensa, casi incomprensible. No sólo en la política internacional, no sólo en los grandes acontecimientos de la ciencia y el arte, sino en la vida de todos los días, el desarrollo de cada minuto de cada día de cada persona. Tan inmensa y tan incomprensible como la diferencia entre 1961 y 2002. Y es un golpe darse cuenta de que mi padre ha vivido dos veces esa asombrosa mutación, y dos veces no pudo preverla, del mismo modo que nadie en el mundo pudo preverla.

Entonces, ahora, la pregunta “¿cómo será el mundo, la vida, cuando el hijo de mi hijo cumpla siete años?” es una pregunta importante, válida, inevitable. *Pero no tiene ningún sentido*. La única forma de saber la respuesta, como en esos procesos caóticos (autómatas celulares, por ejemplo) donde la matemática pone una situación inicial y un algoritmo pero no puede prever los resultados, es vivir cada día, procesar cada segundo hasta ese momento. Sólo que cuanto más se piensa en eso más intolerable resulta, y más fuerte es la tentación de volver a pensar, a pesar de la evidencia, que el presente, *este* presente, de una buena vez y para bien o para mal, se perpetuará nomás en el tiempo.

* * *

Echaron abajo una vieja casa de dos plantas en la Avenida Crámer. Empezaron hace semanas, muy de a poco, sacando puertas, ventanas, caños, fragmentos de valor concentrado, y así estuvieron día tras día, como quien extrae un diente tras otro, un ojo tras otro, orejas, uñas, pelos, de algo que en un momento del proceso pasa a merecer el nombre de cadáver, pero no se sabe bien cuándo. Por último, con un mazazo bien calculado, toda la estructura se vino abajo. Hace un rato llegaron dos camiones para llevarse los restos.

* * *

En el teclado de mi computadora tiende a fallar la *le*. Me imagino tratando de escribir sin usar ese estúpido botón, esquivando un fragmento de abecedario que sin duda no es tan necesario como una *a* o una *e*, pero que produce extraños efectos cuando está ausente, como ya estoy empezando a apreciar. Y así durante días, meses, años, hasta adquirir una experiencia parecida a otras que se obtienen masticando sin usar dientes con caries, recurriendo a diccionarios sin un tomo siete, manejando sin tercera marcha o conversando en idiomas que uno apenas sabe.

* * *

—Antes de la devaluación tendríamos que haber...

Así empiezan muchas frases en la charla de todos los días. “De haber tenido plata” es la parte implícita. Es decir que, de haber tenido plata, antes de la devaluación podríamos haber hecho muchas cosas que ahora no podemos, y no sólo por no tener plata sino porque aunque la tuviéramos ya no valdría lo mismo.

Una de esas tantas cosas es comprar una heladera. Moderna, bonita, con freezer, cajoncitos para verdura, que se descongele sola (o como sea que funcionen las heladeras ahora). Una de esas que siempre parecen llenas de cosas ricas.

La heladera que tenemos viene de unos veinticinco años atrás. Funciona. Pero no es tan vieja como para resultar querible, ni tan nueva como para resultar satisfactoria. Junta mucho hielo. Cada vez más, y más rápido. De manera que periódicamente hay que desenchufarla, abrir las puertas, consumir rápidamente lo que quede en su interior, acordarse de vaciar muchas veces la bandeja que está abajo de todo donde se junta el agua del deshielo, etcétera.

No somos prolijos al respecto. La dejamos demasiado tiempo. El hielo llena el congelador hasta que ya no se puede abrir, y se genera la conocida paradoja de que semejante iceberg mantiene el resto del interior completamente tibio. Es más: durante esos días más bien frescos que tuvimos había que meterse adentro de nuestra heladera para lograr algo de calorcito.

Finalmente, diría que con meses de atraso, nos decidimos a atacar el problema y la descongelamos. Llevó un día. En el proceso tomamos demasiados yogures, usamos demasiados sobrecitos de queso rallado de los que envían los restaurantes con delivery, descubrimos un experimento de Gabriel congelado en el fondo de una barrera de hielo mayor que el mar de Weddell, inundamos la cocina por dejarnos estar con la bandejita del deshielo, nos quedamos sin leche, sin cerveza, sin manteca.

Debería decir que uno de los accidentes que tuvimos fue gracioso, pero la verdad es que dejó un gusto (literalmente) amargo. Cierta experi-

mento de Gabriel consistía en un vaso de agua jabonosa tomado directamente de la bañera tras uno de sus largos baños/juegos de inmersión, puesto a congelar en la parte superior de la heladera “para ver cómo queda la espuma”. Es evidente que al ponerlo ahí, tiempo atrás, volqué una parte del contenido sobre la cubetera. Ahora, antes de quedarnos sin cubitos, decidimos tomarnos el Gancia que había y le echamos, sin saberlo, esos trozos de hielo enjabonado. Lamento decepcionar a quien lea esto al decir que no llegamos a echar espuma por la boca, pero nos habría gustado hacerlo.

No, Gabriel no toma Gancia. Todavía no prueba su propia medicina.

Ahora la heladera está libre de la carga antártica, y basta con ponerla a mitad de potencia para que todo parezca digno del mejor invierno. Eso sí, ocurre algo que seguramente no pasaría si hubiéramos hecho a conciencia nuestros deberes previos a la devaluación: cada vez que tomo un traguito de agua me duelen los dientes.

* * *

En la ruta 2 hay varios carteles que dicen: “Nada de alcohol al conducir.” Muy apropiados para hacerlo pensar a uno en algo que de otro modo ni se le habría ocurrido. Como si dijeran “¡Olvídese de la palabra *tripanosoma!*”

Veníamos con mi mujer, y rápidamente nos hicimos un cuadro idílico sobre posibles mejoras para esos carteles. Por ejemplo, una foto de alguien disfrutando de un maravilloso margarita; cervezas espumosas; deliciosas botellas del mejor malbec; panorámicas de lugares que habita la espléndida gente de los avisos de Gancia. Y todo, todo, todo cruzado por una barra roja en diagonal, y más abajo la leyenda “¡No podés! ¡Idiota! ¡*Na na nana na!*” y alguien, un actor, de pie junto a cada cartel, que le hace pito catalán a todos los conductores que pasan por ahí.

* * *

El 19 de diciembre de 2001 mi hijo Gabriel cumplió seis años. Hicimos la fiestita en una sala de la calle Juramento. A la entrada había algo de tensión en el aire, pero pasamos dos horas y media aislados de las noticias. Luego descubrimos que durante ese rato la realidad se había deteriorado, hasta el punto en que los padres que venían a retirar a sus hijos a la hora convenida traían caras largas, malas nuevas, peores presagios. Había que esforzarse para conservar la felicidad del cumpleaños. Hablábamos de cambios, crisis, fin de época. Todo era muy raro.

Ayer, 19 de diciembre de 2002, mi hijo Gabriel cumplió siete años. Hicimos la fiestita en una sala de la avenida Monroe. A la entrada había sonrisas, alegría, expectación. Pasamos dos horas y media disfrutando el aire acondicionado, mientras los chicos se divertían a todo trapo. Al final, cuando los padres volvieron para llevarse a sus hijos, también había sonrisas, alegría, torta compartida. Conversábamos sobre planes para las fiestas, las vacaciones, las colonias de verano. *Todo era muy raro.*

* * *

El hombre calvo está sentado en la silla del portero, de espaldas a la puerta del edificio. El portero, de pie frente a él, conversa mientras mira hacia afuera, con la dualidad que sólo se adquiere tras muchos años de vigilar una planta baja. El hombre calvo tiene shorts azules, camisa azul, zapatillas blancas sin medias, y fuma un cigarrillo rubio que está por la mitad. Devuelve mi saludo con un hola que no interrumpe la frase ininteligible en la que está sumergido.

Los dos ascensores están en el piso quince. Llamo uno, y no viene. Llamo el otro, y tampoco.

—Están los dos en el quince —le digo al portero—, y los dos con la puerta abierta.

—Es mi familia —se adelanta a contestar el hombre calvo—. Están cargando las cosas.

Habla con voz suave, tranquila, de living. Tiene las piernas abiertas a más de ciento veinte grados. Son cortas, rechonchas. La lengua de cada zapatilla asoma unos cinco centímetros por encima de los cordones.

Vuelvo a apretar un botón, vuelvo a apretar el otro. Los ascensores siguen firmes en su lugar entre las nubes.

—Están cargando las cosas —repito con el mismo tono el hombre calvo—. Yo bajé primero y.

La frase termina en esa letra exacta, mientras el portero empieza a contestar algo que proviene de la conversación que mantienen de antes.

—Deben ser muchas cosas —digo, imitando la voz de living.

No hay respuesta. Tal vez no me han oído. Segundos después el ascensor de la izquierda empieza el descenso. Pronto lo sigue el otro. Miro el indicador luminoso del primero: 14, 13, 12, 11... El cigarrillo del hombre calvo se consume de a poco. Olvido decir que estoy masticando un chicle, cosa que me viene al foco de la conciencia sin previo aviso y vuelve a irse del mismo modo.

Abro la puerta externa del primer ascensor. Su ocupante, un adolescente, abre la puerta interna. Lo acompaña una variedad de pequeños bolsos, paquetes, bolsas de plástico que tapizan el suelo. Esto va a llevar un siglo, así que me vuelvo al otro ascensor. Cuando llega, su contenido resulta ser una niña, una mujer y dos animales. El canario está en su gran jaula con forma de cúpula, y es el primero en ser desalojado: se lo lleva la niña. La mujer, en cambio se ocupa del conejo: una cosa gorda y blanca que lleva una cinta roja en el cuello, atada con un moño por detrás de las orejas.

Saludo a todos con más voz de living y subo a mi sexto piso pensando el comienzo de este texto. Es algo completamente trivial pero por sobre todo es irresistible, y ahora además soy consciente de ese carácter de irresistibilidad, de cosa inevitable, a partir de haber leído, anoche, la frase que en su autobiografía García Márquez le atribuye a Rilke: “Si usted cree que es capaz de vivir sin escribir, no escriba.” Un golpe bajo, un decidido golpe bajo que uno no merece encontrar en la página 123, que es como decir cualquier página, de un libraco de 579 páginas que aún no sé si va a resultar todo legible.

Mi mujer está en el baño, así que vengo derecho a la computadora y empiezo a escribir. Estoy en mitad del primer párrafo cuando suena el timbre del portero eléctrico. Un brevísimo reguero de culpa me recorre la espalda: abajo, cerca del timbre, están el hombre calvo, su familia, el canario, el conejo y el portero, tal vez discutiendo mi escasa cortesía o mi poca paciencia. Quito el pensamiento de la cabeza imaginando algo que me hace gracia: “Seguro que es lo de siempre: el afilador o la Biblia.” Pero es una mujer que dice traerme la póliza de seguro de mi casa. Le abro la puerta de abajo y la espero sin dejar de pensar en la continuidad de ese párrafo inicial, el que describe al hombre calvo allá en la silla, con su cigarrillo que huele a mi pasado de fumador. Abro la puerta del departamento en el mismo momento en que la mujer abre la puerta del ascensor. Me da la carpeta, se la agradezco, vuelve al ascensor. Como un *afterthought* propio de estos días de fin de año, se vuelve para agregar:

—Felicidades.

—Igualmente —le contesto, pero la palabra se me traba un poco, como me suele ocurrir con esas palabras largas que deberían salir al estilo de un reflejo condicionado y sin embargo fracasan en el intento.

No abro la carpeta. Vengo aquí, a mi lugar en el mundo, a terminar el párrafo. Pero entonces mi mujer sale del baño, intrigada por el timbrado, y ahí sí, miro la carpeta, le explico (a mi mujer) de qué se trata, comentamos el precio, todo sin moverme de la silla. Después vuelvo a quedar solo.

Ah, bueno, ahora sí puedo terminar de escribir estos tres minutos de vida.

Más tarde se me ocurren dos cosas sobre la escena de la planta baja.

La primera es que en ese lugar no hay cenicero. El hombre calvo, entonces, tiraba la ceniza al piso. Y luego habrá tirado al piso los últimos restos de filtro, tabaco y papel, para terminar de matarlos con un golpe de zapatilla blanca. Sin embargo el portero, que más tarde tendría que barrer el resultado de toda esa actividad, lo miraba con expresión amistosa.

La segunda es que no se dice portero, se dice encargado.

* * *

Víctor, el portero del edificio donde vivíamos antes, tenía sentido del humor. Una vez bajé con unas pantuflas que exhibían tres o cuatro colores chillones de combinación imposible.

—Me las compró mi mujer —le dije a Víctor—, y ahora las tengo que usar.

Él me miró a los pies, luego a la cara, y sonrió:

—Eso es amor.

Luis, el portero principal del edificio donde vivimos ahora, también tiene sentido del humor. Cuando nos mudamos hicimos traer un sofá gigantesco, que llegó envuelto en cartones y telas que lo hacían irreconocible. Cuatro hombres lo cargaron en los hombros, bien horizontal y longilíneo, y así lo llevaron por la larga entrada de las cocheras. Luis me echó una mirada cómplice, inclinó la cabeza como si estuviera repentinamente triste, y dijo:

—Pensar que era un buen hombre.

A partir de ahí, y por los segundos que duró el cortejo fúnebre, no pude dejar de reírme.

* * *

Mañana de domingo, las nueve menos cuarto. Soy el único despierto en mi casa. Es que empiezo temprano a dar vueltas en la cama, a sentirme incómodo, y muchas veces termino levantándome cuando todavía no hace falta. El resultado es que las cosas tardan en acomodarse, todo funciona a medias: la cortina de mi ventana está a medio correr, la puerta de mi habitación a medio abrir, el fragmento de ciudad que queda ahí afuera a medio despertar. Hay un cielo medio despejado. Y estoy a medias convencido de que esto que pongo aquí no significa nada.

Entonces (nueve menos siete minutos) aparece mi hijo. Abre un poco más la puerta, tapándose los ojos por la luz. Me dice:

—Voy al baño y después te saludo.

Se va. Escribo estas tres o cuatro últimas líneas, y ahora, en este instante, Gabriel vuelve, se mete entre mis brazos, se rasca la cabeza entre mis ojos y el teclado, y me abraza. Dos minutos después, ahora, iré a prepararle la leche, con lo cual el día se pondrá finalmente a andar.

* * *

Anoche hubo un ataque de esos bichos pequeños de color verde, que buscan la luz, esos que cuando yo era chico se llamaban cotorritas. Eran cientos sólo en la ventana del living, todos luchando para entrar

cuando la abrí para sacar al balcón las zapatillas de Gabriel (era noche de Reyes): los sentí en la cara como una telaraña espesa. Antes de verlos mi mujer creyó que llovía, pero era el ruido de ellos chocando con cada vidrio de cada ventana.

No sé qué combinación de humedades, temperaturas, composición del aire, rayos ultravioletas, ausencia de predadores habrá hecho posible esa proliferación. Recuerdo que hubo muchos de estos bichos cuando yo era chico, pero mi memoria recorre décadas sin volver a encontrar tantos juntos.

Esta mañana, los que lograron meterse en el departamento para tomar un contacto directo con el dios Luz estaban desparramados por el suelo. Los barrí antes de que mi familia se levantara: junté media palita, como granos de arroz tostados, ya sin el color brillante de la vida.

Me pregunto a qué se habrán dedicado estos bichos antes de que los humanos descubriéramos el fuego y, con él, la luz nocturna.

* * *

—**Vamos a tomar una Fanta**, una cerveza tres cuartos y un agua sin gas —le dije al mozo—. Y vamos a comer una pechuga de pollo a la parrilla, deshuesada, con papas fritas; costillas de cerdo con puré de manzana; y costillas de cerdo a la riojana.

El mozo asintió apenas con la cabeza y empezó a irse. Nos quedamos, como siempre, asombrados con esa memoria prodigiosa que permite a algunos humanos recordar tantas cosas dichas rápidamente y una sola vez. Entonces, a dos metros de la mesa, el mozo se dio vuelta.

—¿Era una Coca? —preguntó.

—No, una Fanta —contesté.

Bueno, un desliz cualquiera lo tiene. A los dos minutos el mozo trajo la Fanta y la cerveza.

—El agua era con gas, ¿no?

—No, sin.

—Ah, bueno.

Fue. Volvió con el agua sin gas.

—Una pechuga... —dijo, y se quedó esperando, como para que yo terminara la frase.

—Deshuesada, a la parrilla, con papas fritas —completé, obediente.

—No, eso ya lo sé —dijo el mozo—. Los otros platos se me fueron de la cabeza.

Así es como caen los mitos. Sin avisar.

En el mismo restaurante tienen el menú en castellano y, en una columna a la derecha de cada página, en inglés. Eso sí, nadie garantiza que si uno pide algo en inglés reciba lo mismo que si lo pide en castellano. La sección “Pastas”, por ejemplo, poblada de spaghetti, ñoquis, ravioles y sorrrentinos, está encabezada en la columna derecha con la palabra “Pastry”. (Trampas de los diccionarios, se llaman esas cosas.)

* * *

En la cocina de mis padres hay dos ventanas que dan a un espacio lateral entre edificios. Al otro lado de las ventanas hay una caída de cinco pisos, unos metros de jardín, un retazo de calle, otros edificios en hilera hasta lo que sería el infinito si el mundo fuera perfecto pero en la práctica es sólo un par de cuadras más allá.

Los vidrios de las ventanas son casi espejos cuando se los mira desde afuera. Desde adentro tienen un tono ahumado, con la virtud de apaciguar el mundo. Cuando las ventanas están cerradas, el exterior se ve más tenue,

más amable, más tranquilo. Hasta los ruidos llegan amortiguados. Luego de un rato el color marrón claro empieza a parecer dorado.

Las cortinas tienen un estampado blanco y rosa, que por suerte hace juego con las puertas de la alacena. Vinieron de Ramos Mejía, muchos años atrás, pasando por el otro departamento que mis padres tuvieron en Palermo. Esas cortinas conocieron ventanas de todos los colores.

Mi madre siempre pregunta si abre un poco porque hace calor, o si cierra un poco porque hace frío, o si abre un poco para que entre más luz, o si cierra un poco para evitar tanto sol. Mi padre pela su naranja con dedicación, como si aún estuviera aprendiendo la técnica que usa desde que tengo memoria.

Hablamos de médicos y de la historia de Ramos Mejía. Comemos pollo al horno. El tiempo sigue avanzando y no regresa, como si él también atravesara un vidrio casi espejo, de esos que no devuelven toda la luz que dejan pasar.

* * *

Frases malditas

Hoy: *Ya que estás*

Uno tiene sus propios ritmos, sus prioridades, sus momentos de pereza y sus momentos de acción, sus entusiasmos, su modo de andar por la vida o de quedarse quieto. Y entonces, en cualquier momento, aparece alguien y dice:

—*Ya que estás* cambiando esa lamparita, ¿por qué no revisás la instalación eléctrica del sótano?

—*Ya que estás* conectado a Internet, ¿por qué no me buscás estadísticas sobre la mortandad de sapos en la zona sur del Gran Buenos Aires?

—*Ya que estás* yendo a comprar una botella de vino, ¿por qué no traés papel higiénico, fideos, galletitas, yogur, leche, agua mineral, servilletas de papel, Coca Light, Siempre Libre, un kilo de manzanas, pan Fargo, mermelada de ciruela, champú?

—*Ya que estás* escribiendo, ¿por qué no revisás el informe que hice y que tengo que presentar mañana a la mañana?

—*Ya que estás* saliendo, ¿por qué no le pagás las expensas al portero?

—*Ya que estás* hablando por teléfono, ¿por qué no llamás también a Richi, que es el cumpleaños?

Y la variante aún más temible y que prefiero dejar incompleta:

—*Ya que estás sin hacer nada...*

* * *

El taxista aceleraba todo lo posible, esa noche en que la avenida Córdoba estaba vacía. Al acercarse a una esquina, con el semáforo todavía en rojo, frenaba con ganas y me obligaba a agarrarme del asiento delantero para no irme de trompa. Esperaba un par de segundos, y en cuanto el semáforo empezaba a cambiar aceleraba otra vez al máximo, para repetir el ritual en la esquina siguiente. Así esquina tras esquina.

—Qué mal anda la onda verde —me dijo durante uno de esos ciclos, enojado, girando la cabeza hacia mí—. *Los semáforos te ven venir y no reaccionan.*

* * *

Siempre estoy golpeteando con los dedos en la mesa, en las piernas, en la silla. Sale algún ritmo que me parece atractivo y lo repito, lo repito, lo

repito. Un minuto después empiezo con otro ritmo. Y más tarde otro. Soy experto en los matices que se les puede extraer a los muebles del living. A veces fantaseo con tener un buen grabador digital, portátil, para registrar algunos de esos golpeteos, los que en el momento parecen inspirados. La obsesión me vale miradas molestas en más de un lugar, sobre todo en mi propia casa. Y es el signo más visible de una vocación frustrada: ser percusionista, baterista incluso, vivir haciendo los mismo pero de un modo socialmente aceptado y, tal vez, económicamente viable. Pero ya estoy aprendiendo a convivir con eso; como un signo de vejez, la preocupación que asoma ahora es que, a pesar de todo ese ejercicio, no adelgazo.

* * *

Ayer a la tarde había dos malabaristas en un semáforo de Figueroa Alcorta. Salían corriendo al centro de la avenida en el momento justo en que los autos se detenían sin ganas, o tal vez un poco antes, y empezaban a revolear tres pelotas cada uno. Se reían mucho, se hacían bromas entre ellos, se tiraban una pelota de vez en cuando. A último momento se acercaban a los autos a pedir monedas, pero esa era la parte menos divertida, la que hacían por obligación. Luego, cuando los autos detenidos se ponían en marcha otra vez y los otros autos, los que venían del semáforo anterior, se acercaban a setenta por hora con un odio inhumano, corrían hacia la vereda en un final hollywoodense. Pero todavía les quedaba tiempo para dirigirse un grito, una risa, otro pelotazo.

Ninguno de los dos tendría más de ocho años.

* * *

Cuando me viene a la cabeza un recuerdo vergonzante lo tapo con música. De pronto me acuerdo de algo que hice o dije o pensé, generalmente muchos años atrás, de lo que me avergüenzo tanto que me resulta insoportable. Entonces aparece el DJ que tengo escondido y pone en mi interior música bien fuerte, bajo y batería, o mejor dicho percusión electrónica: algo intenso, monótono, a un volumen imaginario que impide por completo seguir pensando. La molestia se hace tan grande que a los pocos segundos me olvido de todo y ya estoy pensando en otra cosa.

* * *

El comedor era una habitación pequeña con una mesa servida para cinco en el centro. En medio de la mesa, sobre el mantel blanco, había un vaso de vidrio con dos flores artificiales. La ventana daba a un jardín, el jardín a un sendero de cemento, el sendero a una extensión de pasto verde y bien cortado, y el pasto a la alambrada. Más allá de la alambrada estaba ese mundo irreal en que la gente era libre.

La habitación recibía el pomposo nombre de *casino de oficiales*.

La puerta se abría a un pasillo, y justo enfrente había otro cuarto. Ahí pasaba yo largas horas luchando con la primera novela que leí en inglés, *We can build you*, de Philip K. Dick. La novela venía después de encerar los pisos de la Jefatura de esa minúscula, ignorada, inútil unidad militar. Ponía litros de cera, y la distribuía por medio de una enceradora que también esperaba la baja. Con ese olor daba lo mismo que las flores del casino no fueran de verdad.

Yo era uno de los seis soldados asignados a la Jefatura del lugar. Otro era un muchacho alto, rubio, con mucha calle y experiencia de mozo en lugares finos, al que el Jefe había rescatado para su servicio porque lo hacía quedar bien con los otros oficiales y algún invitado esporádico.

Se llamaba Víctor, o tal vez Jorge, no estoy seguro. Había traído su propia ropa de mozo, saco y camisa blancos, pantalón y moño negros, y se la ponía exclusivamente para el almuerzo. Llegaba la comida de la cocina, llegaban de a poco los cinco oficiales, y allí estaba Víctor o Jorge para dar jerarquía a la ocasión. Sabía plegar las servilletas de una manera especial, como un origami de tela. Sabía colocar los cubiertos a la manera de un restaurante de lujo. Sabía acomodar en los platos la comida militar para que pareciera comida civil. Y sabía pelar parcialmente las naranjas, cortando la cáscara en gajos o pétalos que luego curvaba sobre sí mismos y enganchaba en la base, con lo que se formaba una especie de flor que a los oficiales les encantaba.

También, y sobre todas las cosas, era el encargado de escupirles el café.

Es que estábamos condenados a las venganzas pequeñas, y, peor todavía, a sólo fantasearlas. Imaginar venganzas era un ejercicio más importante que el orden cerrado de las mañanas y el orden cerrado de las tardes, casi tan importante como el de pasar inadvertidos. Había que ser creativos, discretos, audaces, y luego saber disfrutar de cada idea aunque nadie, nunca, jamás la hubiera llevado a cabo.

Por eso tengo tan presente a Víctor o Jorge, y la ropa de mozo, y los rituales del almuerzo, por esa solitaria venganza exitosa: el café espumoso que nos aliviaba, nos redimía, nos devolvía algo de humanidad. El mejor momento del día.

* * *

Cuando uno maneja un auto deja de percibir la realidad. Las cosas se dividen en pistas y obstáculos, y la vida consiste en competir por esas pistas con otros espermatozoides idiotas que ya no piensan a dónde van sino cómo y a qué velocidad.

A ambos lados, la gente de a pie se convierte en fotos de personas, fotos borrosas de entidades ajenas al mundo de uno. No hay tiempo para mirar a nadie, para notar la expresión de una cara, el gesto de una mano, la intensidad de ese par de ojos que si no fuéramos conductores podrían cautivarnos.

Hay segmentos de universo que van de esquina a esquina, de semáforo a semáforo, de primera a segunda a tercera. Y el cuerpo de uno se ha convertido en un objeto rígido, la atención de uno está centrada en la patente del auto que va adelante, los nervios de uno están reunidos en el contacto con volante y pedales.

Es una simbiosis, una especie de líquen furioso integrado por humano y máquina en el que cuesta reconocer dónde termina uno y empieza la otra. Un líquen fácil de aborrecer, porque no tiene los mismos derechos que una persona aislada, ni cumple sus deberes. Imposible perdonar al líquen. Imposible aceptarlo. No es un semejante, porque en él la simbiosis es completa, mientras que uno, en el fondo, todavía tiene algo de persona aunque los demás estén en desacuerdo.

De vez en cuando se produce la transformación más inconcebible: un conductor, ahí adelante, por algún motivo abre la puerta y se separa de su auto para convertirse en persona. Pero no lo logra de inmediato. Hay un momento de horror, cuando todavía no ha terminado la metamorfosis, en que impresiona como un gusano que sale de una manzana, como pus que surge de la herida, como una tripa que se escapa del abdomen.

* * *

Afuera sigue casi a oscuras. La luz de la habitación está apagada. El monitor se refleja de costado en el vidrio de la ventana, como la continuación de otra ventana en el edificio de enfrente. Hay tres zumbidos

en frecuencias diferentes: el de la computadora, el de un colectivo que pasa por Crámer y el de un avión que se parece a una luciérnaga en el cielo previo al amanecer. El día empieza con la fuerza de una estampida de elefantes en cámara lenta.

* * *

—**Se oían los tiros**, anoche, no menos de ocho o diez. Tres tipos asaltaron un negocio en Vidal y Juramento y un patrullero los corrió hasta acá, hasta Echeverría y Crámer. Ahí hirieron a dos. El tercero se fue corriendo y lo agarraron por Crámer y Roosevelt. En la vereda de Freddo también quedó herido un viejo que paseaba el perro.

Me lo cuenta mi padre durante el almuerzo, entre un bocado de pollo y otro de ensalada. Mi madre mueve la cabeza de arriba hacia abajo y otra vez hacia arriba. Después comenta:

—Y a mí me dijo que eran cohetes.

* * *

Estoy en Castelar, esperando el 136 para volver a casa, hace treinta años. Acabo de salir de lo de mi novia, a las diez o las once de esta noche de invierno. La calle está vacía: ni autos, ni peatones. Hace frío en la parada del colectivo, así que tengo que moverme, patear el piso, apretar las manos en los bolsillos.

Hay pocas luces, tan débiles que no generan sombras. Sé por experiencia que cuando el colectivo aparezca se verá como un fuego artificial, una calesita, un OVNI apurado a tres o cuatro cuadras de distancia. De to-

das formas mantengo la mirada fija en ese rincón de la calle, apenas visible, de donde saldrá la bestia.

Pero no es el 136 lo que aparece. Viene un auto a toda velocidad. Sólo veo los faros, y eso durante un segundo, menos de un segundo, porque el auto pierde la dirección, da una vuelta sobre sí mismo y se estrella contra un árbol. Es un movimiento rápido, de izquierda a derecha, un rayo fulminante que se acaba mucho antes de que el ruido llegue a mí.

Estiro la cabeza hacia adelante, como para ver mejor. Ya no hay movimiento. Los faros del auto se apagaron. Tampoco hay ruido. En realidad ya no veo nada en ese lugar que queda tal vez a doscientos metros de donde estoy. Parpadeo una vez. La calle sigue vacía. Parpadeo de nuevo. No se abre ninguna puerta, nadie sale a la calle, nadie se asoma por las ventanas ni grita ni llega corriendo ni enciende una luz para que todos podamos ver. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir. La noche de invierno sigue su curso como todas las noches.

No estoy seguro de nada. Doy un paso o dos sobre el pavimento, pero tampoco desde ahí se ve lo que pasó. No viene nadie, no va nadie, no existe nadie más que yo en ese lugar, echando vapor por la boca, tal vez con un cigarrillo encendido en la mano, forzando los ojos para que miren donde no hay qué mirar.

Abandono la parada en dirección contraria al accidente. Camino hasta la esquina, y antes de doblar miro hacia atrás por encima del hombro. Sin novedad. Sigo caminando por el mundo vacío. Llego a la otra esquina, cruzo la calle y vuelvo a mirar hacia atrás. Media cuadra después hay otra parada. Me quedo allí, con la respiración agitada, esperando que el simple transcurso del tiempo cambie la historia. Hasta yo mismo llego a creer que vengo de otro lado, que si había algo para ver allá en la parada anterior yo no lo vi porque vine de otra dirección, o quizá estuve todo el tiempo aquí.

Un minuto después aparece el circo sobre ruedas, el 136, como siempre, doblando por esa misma esquina que ahora niego haber doblado. Le hago señas. Para, subo, saco boleto. El colectivo está tranquilo, aburrido.

No dice nada. Recorro el pasillo hacia al fondo. Nadie me mira. Los pocos pasajeros están sumergidos en sí mismos, pegados a las ventanillas, arropados en sus abrigos. No les ha ocurrido nada especial en los últimos minutos, ni tal vez en los últimos días, o meses, o en toda la vida.

Me siento atrás de todo. El ritmo de mis latidos se empieza a normalizar. Lentamente, con los años, me convengo de que fue un sueño.